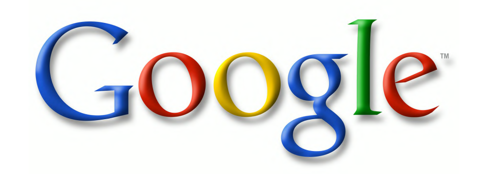
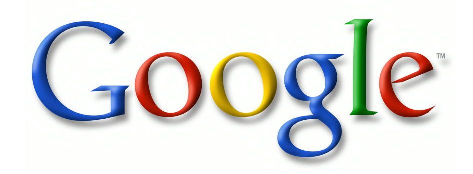




POESÍAS SELECTAS

DE

D. ADOLFO DE LA FUENTE



Adolfo de la Fuente

POESÍAS

SELECTAS

DE

D. ADOLFO DE LA FUENTE

CON UN PRÓLOGO

DE

D. AMÓS DE ESCALANTE



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1895

Este libro no se pone á la venta.

ADOLFO DE LA FUENTE (1)

I

Fué testimonio vivo de persistencia en la vocación y confianza en el arte. Á la luz tibia de otoño vió el cielo de la poesía tan claro y ri-

(1) Nació D. Adolfo de la Fuente en la ciudad de Santander á 20 de Septiembre del año 1826. Terminados sus primeros estudios en el Instituto de dicha ciudad, pasó á cursar Jurisprudencia á la Universidad de Valladolid, y más tarde á la Central, donde en 1850 recibía el título de Licenciado. Desde 1856 fué Secretario del Ayuntamiento de Santander, cargo que ejerció durante veintinueve años.

Era Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, Caballero de Carlos III y Jefe honorario de Administración civil.

Obtuvo además otros puestos honoríficos relacionados con sus aficiones y méritos literarios, como el de Director de la Sección literaria del Ateneo científico y literario de Santander, el de Socio de mérito

sueño y tentador como en los días precoces y vivificantes de la primavera. En esa hora entristecida y pálida, en que

caen las hojas y enmudece el árbol,

el árbol de su fe literaria mostrábase pobladísimo y lozano, asilo abierto á todo rumor de vida; y en sus ramas oyéronse gemir auras de poesía y cantar la voz generosa de los recuerdos patrios y las patrias glorias.

No enmudeció el árbol, porque nunca se vió desnudo. Cuando en él faltaron los verdores que el implacable estío se lleva, vistió las encendidas hojas que tuesta Octubre; signo claro de que la savia corría por el jugoso tronco, ni viciada, ni empobrecida. Donde acabó la ilu-

de la Real Económica Cantábrica, el de Miembro titular de la Academia Mont-Real de Toulouse.

De ella y de otros Centros literarios mereció, en certámenes varios, premios y distinciones, que hallará detallados el lector al pie de las poesías que los lograron.

Escribió además con general aplauso, aunque en escaso número, artículos en prosa, y en la revista santanderina *La Tertulia* figura una esmerada traducción suya de la primera parte de *Gómez Arias*, novela inglesa de su conterráneo Trueba y Cosío.

Falleció en su ciudad natal el día 3 de Julio de 1893.

sión de esperar, si es que esta ilusión acaba alguna vez en nosotros, nace en el ánimo recto la de merecer y pagar lo conseguido.

Otros han perseverado como él, resistiendo al senil quebranto; pero han sido pocos—y por eso lo notamos—los que pueden presentarse al juicio de expertos, dejándole dudoso de la edad de sus obras. Á las de Adolfo de la Fuente no se les conocen los años, ó porque la madurez se adelantó al tiempo, ó porque al tiempo sobrevivieron las nobles energías del espíritu.

Vivía en él callado el numen, como vive la música en las cuerdas del arpa, como el eco en los parajes solitarios del valle ó en la despoblada ruína. De fuera ha de venir la mano que arranque el sonido, de fuera la voz que despierte la otra voz de la soledad ó de las piedras. De fuera venía la virtud que movía la lírica vena de nuestro poeta; y como espejo vivo su alma reflejaba unas veces la inspiración ajena, vistiéndola con rara destreza los colores de la tierra propia, sin quitarle los que traía; otras veces de la luz copiada formábanse en el cristal imágenes nuevas, donde la novedad era encarecimiento de la hermosura del modelo.

Contradecía el común sentir de que la obra del poeta sea copia y efecto de la vida que el hombre vive. En íntimo y continuado roce con

las arideces cancillerescas de una Secretaría municipal, mirando hervir y moverse y serpear, las pasiones, por lo común mezquinas porque en mezquindades se emplean, que en tiempos normales agitan y revuelven las corporaciones populares, no padeció su contagio. Elevóse constantemente su pensamiento sobre las pequeñeces humanas, y respiró aquel ambiente superior á donde no sube el aire escandecido en los campos de batalla, el vaho de la sangre, los gritos del dolor y de la ira y las miserias del combate, sus desfallecimientos, traiciones y cobardías.

Aun en sus obrillas menudas y de mero pasatiempo hallósele formal y digno, señoril y elegante.

Porque si, casi niño todavía, pasó por las transacciones y condescendencias del aprendizaje, no hay para qué hacer cuenta de sus versos de entonces. Probó, como todos los mancebos de su era, el influjo triste del triste cantor de Teresa, y sintióse de la frecuentación de publicaciones burlescas á la sazón leidísimas, las cuales, buscando el gusto y el bolsillo del vulgo, pedían al ingenio frutos de vulgarísima licencia. Desahogos y lozanías que los antiguos estudiantes españoles olvidaban entre los pliegues del manteo al sepultarle en un arma-

rio, donde paños y papeles fuesen todo junto festín de la polilla. En semejantes naderías no tiene parte la conciencia individual: son fruto común del aula, en que todos participan, unos escribiendo, otros alentando al que escribe; ninguno extraño al aire novísimo que de fuera viene y riñe y quiere mezclarse con la atmósfera curada y serena de la cátedra. Por lo cual, al recoger y ordenar las obras de un poeta, aquéllas sus amargas tempraneces han de ser excluídas y miradas como si no fueran suyas y no tuviesen padre. Y tampoco deben ser presentadas al juicio y sentencia que hayan de señalar al poeta su puesto definitivo en la opinión.

II

Esta misión de presentar un autor á un público, cuando ya autor y público de antiguo y á fondo se conocen y se estiman, parece excusada ceremonia. El público aquí es de contadas gentes, bastantes todas para hacerse su parecer sin mediación extraña: es, pues, la misión fácil, porque no es misión crítica; cabe en pocas frases; no pide extremos de saber ni estrecheces rígidas de conciencia, y puede cumplir-

se con dejarse ir en la serenada corriente por donde van los afectos humanos luego que la experiencia enseñó al hombre cuán de poca monta son ciertos empeños contenciosos de la vida. Otro nombre sellaría estas hojas si para ellas se hubieran querido probada ciencia y autoridad inflexible de maestro.

Por otra parte, críticas hay del poeta hechas en lacónicas pero decisivas cláusulas, y retrato suyo pintado por pluma que, al trocarse en pincel, acertó á tomarle á Van-Dyck el de sus elegancias supremas, único y acomodadísimo instrumento para fijar en el lienzo tal figura de escritor y de hombre.

El cual acaso desconfiaba, acaso temía, de la propia inspiración instintiva, genial y libre. Acaso sus afectos creadores necesitaban de extraño acicate. Es lo cierto que tuvo su campo de labor más frecuentado en traducciones y certámenes literarios. En uno y otro fué felicísimo.

Versos escribió que alcanzaron á una dobladas palmas en tribunales apartados y distintos: de ellos el de la Universidad matritense; triunfo por ventura difícil, siquiera en gracia de la calidad y número de los competidores. Aquí, en su patria montañesa, logró repetidas coronas, la más preciosa la de ver en su favor con-

firmadas por rigorosos jurados decisiones anticipadas de la opinión privada, parcial y movediza.

En tierra extranjera le aguardaba, sin embargo, la victoria que más halagüeña pudiera parecer á su corazón patriota.

III

Tolosa es ciudad francesa, rica y poblada, que tiene de común con nosotros su origen latino y el período visigótico de su historia. Conserva en sus estudios cátedras de lengua y literatura españolas, y en el dialecto meridional hablado por su pueblo culto y laborioso suenan á menudo llenas y sonoras las vocales castellanas. No son, pues, allí forasteras las letras de la parte de acá del Pirineo.

Es también Tolosa solar y archivo de insignes memorias literarias. Allí tiene asiento el Consistorio del *gay saber;* allí su Academia y palenque aquellos *juegos florales*, de origen remoto é incierto, que, acomodados por una mujer de alto espíritu y rica sangre, Clemencia Isaura, á la vida regocijada, abierta y pródiga del Renacimiento, son todavía uno de tantos

testimonios vivos del valer que alcanzaron las cosas de la imaginación y del sentimiento en edades motejadas de siervas exclusivas de los apetitos carnales y de las pasiones violentas del alma.

Llamó Tolosa en el año de 1883, como llama periódicamente, á los escritores de lenguas romances á competir ante el histórico tribunal de sus temidos jueces; dió por asunto, entre otros, á los justadores del literario torneo el elogio de uno de los excelsos patriarcas y generadores de la literatura del siglo XIX, el Vizconde de Chateaubriand; y á este asunto y á esta disputa acudió Adolfo de la Fuente con su voluntad acostumbrada, y con tan dichosa fortuna que alcanzó el premio ofrecido.

Sacar triunfadora, ver por obra propia aclamada, enaltecida, coronada más allá de sus fronteras naturales la madre lengua, la lengua nativa, cifra viviente, expresión soberana del genio de la raza, del hogar y del terruño; hacer prevalecer el alma de la patria, la voz de sus entusiasmos y sus inspiraciones sobre la inspiración y el entusiasmo de otros pueblos, convocados todos para una empresa generosa y común de gloria y poesía, ha de ser alegría y contento que apenas se expliquen, fortuna de las mayores que á un corazón noble pueden

sonreir en la vida. Si en el de Adolfo de la Fuente hubiese habido hueco para merecidos engrandecimientos, ¿quién no los disculpara?

IV

De lo que Cervantes dijo de las traducciones, no bien tomado, en mi pobre juicio, ni comprendido por el vulgo de los que hablan, y de una frase popular italiana que suena en boca de todo el que presume de crítico, ha nacido un falso concepto despectivo de los traductores. Lo fácil y de poco fuste en el traducir, como en tantas otras cosas, es hacerlo mal. Traducir bien téngolo yo por obra para ingenios de tanto valer como los mejores que pasan por originales, si es que hay á estas horas quien sea original escribiendo, y no remede, ó imite, ó traduzca de otro que escribió antes, quizás mejor, quizás peor que el que después le tomó las voces, ó las imágenes, ó los pensamientos, ó la traza de presentarlos.

De las dificultades del traducir sólo sabe quien alguna vez se puso á ello. Estimáronlo los antiguos, es decir, los latinos, como la mejor escuela de filología. Únicamente traducien-

do del griego al latín y del latín al griego pensaban que pudieran apreciarse ciertos primores que al más atento lector de una y otra lengua se escapan. Y en el ejercicio de traducir era donde estimaban que pudieran aprenderse el verdadero alcance y la propiedad de las palabras. Aun el mismo don de la invención feliz *(facultas inveniendi)* creía Plinio el mozo que mejoraba con la frecuentación de los buenos escritores extranjeros en aquel ejercicio.

Cuando Miguel de Cervantes, en aquélla su frase célebre «...como si escribiera con las canas y no con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años,» traspone y acomoda á sus fines y á su lengua un pensamiento de Cicerón en su diálogo *De Senectute*, no nos muestra el revés de ningún tapiz; muéstranos una sentencia clara, grave y oportuna, presentada con aquella limpieza y donaire de estilo nunca igualados por escritores.

Cuando nuestro Quevedo traduce, aun haciéndolo incidentalmente y en pasajes sueltos, á sus maestros favoritos, nadie echa de menos en sus endecasílabos castellanos el nervio y colorido de Juvenal, la pintoresca concisión de Propercio, el decir sentencioso de Silio Itálico. Bien que, en sentir de Quintana, es Quevedo de los que mejoran el original traduciéndole.

No es traducir trocar palabras. De serlo, bastaría para ser traductor regular conocimiento de dos lenguas: aquélla en que lo escrito está, y la otra en que quiere ponerse, junto con la ayuda del Diccionario, que á entrambas las compara y aparea. Traduciráse con esto y á ley la prosa didáctica y alguna otra prosa doctrinal ó narrativa, de ningún modo la poesía.

Dan los diccionarios corrientes las equivalencias analógicas ó gramaticales de las palabras, y algunas veces las correspondencias ideográficas, pero rarísima vez las poéticas ó figuradas, y las equivalencias poéticas se han de buscar si se ha de volver un poeta de una lengua extraña en la lengua propia, y volverse en verso. Mucho ayudan los diccionarios razonados ó de autoridades en las lenguas que los tienen, mas no lo hacen todo: dejan todavía á quien los usa el difícil trabajo de guiarse en sus disertaciones y escoger en sus textos. Para establecer y definir las varias y copiosas equivalencias poéticas de las palabras, necesitaríase de un poeta que, sobre serlo, fuese también erudito; esto es, que, además de sentir y penetrar la energía y valor metafísicos é imaginados de las voces, supiera el empleo y aplicación que de ellos habían hecho los grandes

poetas. Pero los poetas rara vez dan en lexicógrafos; y el lexicógrafo, que debe ser esencial y positivamente gramático y filósofo, con dificultad aceptaría, si se le propusieran, ciertas acepciones poéticas de las palabras, y no pocas rechazaría por impropias, ó desusadas, ó viciosas. Al cabo la licencia es el olvido ó el atropello de las reglas que el Diccionario se encarga de exponer y probar, y licencias de locución y de estilo son en mucha parte las mayores bellezas y las más encarecidas prendas de excelentes poetas. Quien los tradujere sin reproducir en lo posible sus bizarrías, atrevimientos y novedades, los traduciría á medias; no daría cabal idea de su genio. Por esto será que en todas las lenguas del universo hay poesías, poesías líricas singularmente, que la crítica acendrada y sesuda declara intraducibles. Únicamente entonces se desvanecen las dificultades y quedan de todo punto inútiles y ociosos postizos recursos, extraordinarios arbitrios y sutiles ayudas, cuando en una región común de alteza y claridad se encuentran y conmoran dos almas gemelas y concordes. Entonces traduce Fernando de Herrera á los grandes bíblicos, Luis de León á Horacio, Florentino Sanz á Heine, Byron al Alighieri. Otros hay que no recuerdo ahora, y muchos más habrá de

que nunca supe. De vivos no hago cuenta, con tenerlos muy cerca y excelentes, porque creo que en cortejo de muertos, sólo para muertos hay lugar adecuado.

V

De los autores extranjeros más leídos entre nosotros en las mocedades de Adolfo de la Fuente, llevóle la atención aquel francés Víctor Hugo, robustísimo poeta, de candente imaginación, opulenta y atrevida, y espléndido estilo; el cual tan alto hacía valer y sonar lo poco que sabía ó recordaba de España, alucinando y seduciendo á aquella porción inquieta del pueblo parisiense, crédula en todo menos en doctrina cristiana, y facilísima de comulgar en cosas de letras y de artes con las mayores ruedas de molino.

Cómo de un ingenio constantemente ensoberbecido, tornadizo, agresor é inexorable como pocos, pudo prendarse otro ingenio modesto, llano, apacible y formal como ninguno, es problema que acaso se resuelva por la magia irresistible de los contrastes. Y Víctor Hugo debe ser, sin duda, peligroso de ser traducido por es-

pañoles, que tienen en Góngora uno de sus grandes maestros de poesía. De las antítesis excesivas, de las acumuladas luces que causan obscuridad, de los epítetos arriesgados y de los conceptos tenebrosos, acaso por muy altos, en que rebosa el poeta francés, hay contingencia grave, en metiéndose por nuestro pomposo castellano, afluente, deslumbrador y músico, de venir á dar en las antítesis, epítetos, imágenes y conceptos fuera de tino y proporción que constituyeron lo que se llamó y llama en poesía *gongorismo*.

Opinión es de buenos jueces, y aquí á la mano viene la prueba, de que el poeta montañés, atraído por raras y legítimas grandezas, no se dejó ofuscar por grandezas falsas. Supo escoger, tradujo con pulso y elegancia y plantó sus versos castellanos á la par de los versos franceses más sonoros, centelleantes y atrevidos. Y es de notar que con haber andado tantas y tan críticas horas en la temible compañía del hombre de *Los Castigos*, nada malo tomó de él, ni se le conocieron tales amistades y trato cuando versificó por su cuenta propia. Tan castiza vena de inspiración tenía y tan sano el gusto. Ahí vienen los ejemplos: en todos vive el reflejo purísimo de los insignes maestros castellanos, seguidos hasta en el cor-

te y proporciones de las obras y sin ceñirse á determinada escuela.

Manejando con gallarda libertad el métro, era naturalmente atraído á ciertas audacias de elocución; cedió alguna vez á la tentación de llevar al lenguaje poético vocablos aún no naturalizados en él. ¡Quién sabe si un día sus atrevimientos, aceptados por el uso como tantos otros, se convertirán en leyes!

VI

De acertado y escogido en asuntos originales dejó una muestra notable. Invitado á ocupar su merecido puesto en aquella curiosa manifestación de poesía española ideada por el ilustre escritor rondeño Sr. D. Juan Pérez de Guzmán con el título de *Cancionero de la rosa*, fué único, entre tantos cantores de la incomparable flor, para imaginarla bajando del cielo como símbolo de perdón y gracia. Dejándose de terrenos lirismos y verjeles, entróse en el campo riquísimo de la alegoría católica, y celebró en un soneto *la rosa de oro*, atributo de lo divino, con que por mano del hombre que está más cerca del cielo, por mano del solo

Juez que hombres sobre la tierra tienen por no falible, el cielo galardona las regias virtudes.

Recibido por el erudito compilador, escribió éste del soneto «que había sido por su índole religiosa vivísimamente solicitado por su deseo.» Sentía claro que en su libro, consagrado á la glorificación y ensalzamiento de una flor, hubiera faltado sin *la rosa de oro* la más alta apoteosis de las más materiales y perecederas: la que consiste en hacerlas representación y figura de cosas del alma y de Dios.

Niegan ciertos escrudriñadores de almas que éstas realicen en vida su propia poesía. Es desengañada afirmación que debieran combatir cuantos para ello llevan consigo las armas necesarias, penetración aguda, fuerza persuasiva y el soberano don de escribir. El cabal conocimiento de ciertos ejemplares de vida interior y doméstica, pudiera servir de estímulo y de aliento á muchas almas flacas, para qüien los descansos del soñar son la mitad de su existir, y propensas á desconfiar y desanimarse, creídas de que lo soñado no ha de pasar de sueño. ¡Hay contradicciones tan amargas, tropiezos tan dolorosos en los caminos humanos! ¡Quién sabe lo que á perseverar ayudaría bien sabido el ejemplo de Adolfo de la Fuente!

La ley inexorable de la discreción manda en esto no pasar del ¡quién sabe!

Él fué siempre pacífico, perdonador y generoso; y supo en ocasiones, á pesar de su educación clásica, olvidarse cristianamente de aquel aforismo pagano de Publio Siro, que en algún tiempo corría las escuelas:

Veterem ferendo injuriam, invites novam.

Y acabó á los ojos de los hombres, como acaban los buenos, pagado por la Providencia como ella paga, rodeado del común respeto, fortalecido y consolado por la Iglesia, dejando en pos de sí quien llore en su sepulcro y vele por su fama.

AMÓS DE ESCALANTE.

SANTANDER, Noviembre de 1894.

POESÍAS ORIGINALES

LA FUENTE DEL DESIERTO

Bien desgraciada es tu suerte,
Fuentecilla que sin cauce
Viertes tus límpidas aguas
En los yertos arenales.

Por más que en dulce murmullo
Tus penas digas al aire,
En el espacio perdidos
Se extinguirán tus cantares.

Bien desgraciada es tu suerte,
Que apenas al mundo naces
Consume la ardiente arena
Tus cristalinos raudales.

¡Pobre fuente que, ignorada,
De esas yermas soledades
Por las inmensas llanuras
Te miras vagar errante!

¿De qué te sirven, cuitada,
Esos límpidos cristales
Que rizan la blanca arena
Sobre que emprendes tu viaje?

¿De qué te sirve que puras
Broten tus aguas natales
Si no llegará á beberlas
El sediento caminante?

¿Por qué mientras tú, olvidada,
Tus puras aguas esparces,
Hay otras fuentes dichosas
Que ciñen floridas márgenes;

Que, resbalando tranquilas
Por los deliciosos valles,
Son espejo de las flores
Y encanto son de las aves?

Pero ¡ay! tal vez más dichosa
Tu aislada vida resbale
En ese vasto sepulcro
En que se ahogan tus ayes;

Que, ajena á falsos placeres
En el retiro en que yaces,
Tal vez te agobian deseos,
Mas no te matan pesares.

Y no hay una planta impura
Que con sucia huella manche
Esa clara transparencia
De tus aguas virginales.

¡Dichosa tú que, ignorada
En el retiro en que yaces,
No hay por qué temas del mundo
Á los furiosos embates;

Y, en tu inocencia escudada,
Sin saber de flores ni aves,
Tal vez abrigas deseos,
Mas no te matan pesares!...

1852.

CONTRASTES

EN UN ÁLBUM

Un quejido doliente
Tu álbum empieza:
De un bufón la semblanza
Sus hojas cierra.
¡Ay! de la vida
También llenan el libro
Llantos y risas.

Cuando en la mente bulle
Férvida idea,
Dormido el sentimiento
Sus alas pliega.
Cuando éste estalla,
La inteligencia en cambio
Su luz apaga.

De lo ligero imagen
Es el cabello
Cuando en rizadas ondas
Le mece el viento,
Ó en leve copo
De la tierra se aleja
Del aura al soplo.

Pero el cabello mismo,
Cuando en las sienes
Copia el color sin vida
Del alba nieve,
La mente agobia
Y pesa sobre el alma
Como una losa.

También la pluma es símil
De lo ligero,
Y de una pluma ahora
Me abruma el peso.
Y en esta pena
Busco el contraste grato
De tu indulgencia.

Á VELARDE (1)

Nada del tiempo en el espacio basta
Á extinguir los fulgores de la gloria:
Si un lapso grande sus recuerdos gasta,
Perennes viven en la madre Historia.
Con letras de oro cuidadosa engasta
De sus preclaros hijos la memoria,
Que destellan, como ínclitos blasones,
En la vida sin fin de las naciones.

Así del astro, que del cosmos rueda
Por las inmensas órbitas lejano,
La viva lumbre, titilando leda,
El éter cruza hasta el planeta humano;
Y en el foco de luz que al sol remeda,
Por la distancia astral fulgor liviano,
Ve la mente, al través de aquel sosiego,
Hondos mares de luz, ríos de fuego.

(1) Esta oda fué leída en la inauguración de la estatua de D. Pedro Velarde (año 1880), y premiada en un certamen que el «Casino Montañés» abrió para solemnizar el suceso.

Tal de los hechos de la lid armada
La pálida memoria se presenta
Cuando en pos ya de séptuple decada
De nuevas gentes el sentir alienta;
Pero en la misma voz debilitada
Que el alba gloria de la patria cuenta,
Palpitan con vigor, á un tiempo mismo,
La fe, la abnegación, el heroísmo.

Catorce lustros, que en la edad moderna
Tupido manto tejen del olvido,
Al eco triste de la lucha interna,
Nos apartan del hecho esclarecido;
Pero la luz del patriotismo, eterna
En el altar de un pecho bien nacido,
Del Dos de Mayo al alumbrar la palma,
De noble admiración inunda el alma.

Solo un joven soldado, sin guerreros,
Sin el prestigio de alta jerarquía,
Valiente arrostra los soldados fieros,
Del Sur y el Septentrión dueños un día.
Del honor á los móviles severos,
De la patria el amor sólo por guía,
Débil pigmeo mídese arrogante
Con las fuerzas hercúleas del gigante.

En pos le sigue un pueblo desarmado
Que en confuso tropel clama venganza,
Por arma matadora el brazo airado
Que opone fiero á la traidora lanza.
El pecho sin abrigo adelantado,
En busca de la muerte altivo avanza;
Y ante el ímpetu rudo de Castilla
El águila imperial la frente humilla.

Europa entera, en pertinaces lides
Con el Coloso bélico empeñada,
Menosprecia los áulicos ardides
Por el valor de Iberia entusiasmada.
Del pueblo de Pelayos y de Cides
Quiere noble seguir la senda honrada;
Y á su influjo exaltado su ardimiento
En triunfo cambia el torpe vencimiento.

Las naciones en paz, de asombro llenas,
Parias nos rinden por la insigne hazaña,
Al ver que nunca sumirá en cadenas
Á un pueblo bravo voluntad extraña.
De antiguas glorias el fulgor apenas
Rival se juzga de la prez de España,
Que inunda en rayos de glorioso alarde
Al pueblo humilde en que nació Velarde.

Oyó Muriedas su primer acento;
Su hazaña Santander hoy galardona,
Y forman del honroso monumento
Guerrero bronce la gentil persona,
Bruñida roca el formidable asiento.
De torpe saña el hálito no encona
Leal sentir, de altísimo linaje,
Que rinde á la virtud justo homenaje.

Del mar bravío el saturado ambiente,
Que bañó los cendales de tu cuna,
También orea tu broncínea frente
Del sol al rayo y al rielar la luna.
Que en torno lean de tu mole ingente
Las futuras edades una á una
Que fué tu pecho de la patria templo,
Y al pueblo sirva de preciado ejemplo.

A D. FRANCISCO ALSEDO BUSTAMANTE

EN EL COMBATE DE TRAFALGAR (1)

¡Espantoso fragor! Del vasto espacio
Vibran heridos los profundos senos
Al estallar en hórrido estampido
De cien cañones los infaustos truenos.
En los antes serenos
Anchos pliegues del Ponto adormecido
Abren hirviente surco altivas proras,
Al viento dando el pabellón de guerra,
Y en alas de las furias vengadoras
Nave con nave armipotente cierra.

Roba la luz el humo tormentoso
Que en densas ondas por doquier se extiende,

(1) Esta composición fué también premiada en el certamen del «Casino Montañés» del año 1880.

Y en medio de aquel caos espantoso
La muerte sola el brazo sanguinoso
Siempre certera tiende.
Rasga el denso vapor sulfúrea llama
Que el hueco bronce con furor vomita,
Y unida en fiera trama
La bala encadenada precipita
Sobre la jarcia espesa, el mástil fuerte,
Haciendo al paso deshiladas trizas
Los duros cables y las tensas drizas.

Cae con horrendo estrépito en la nave
De mástiles y velas la balumba,
Y al golpe rudo de su peso grave
Se abre una nueva tumba.
Doquiera el trueno del cañón estalla;
Por doquier la metralla
Silba estridente, y el estrago aumenta
Que revelan los ayes del herido;
Y entre el gigante ruido
Que los ámbitos llena con mil ecos,
Y entre los golpes secos
Del proyectil sobre la plancha dura
Que recubre la amura,
La voz se escucha, que el fragor domina,
De acústica bocina.

Es la voz del deber: á su eco grave
El nauta valeroso sólo sabe
Las órdenes cumplir con fiero arrojo,
Y pisando los restos, ya despojo
De la Parca cruel, sereno avanza,
Al través de la nube ennegrecida
Que le cerca homicida,
Donde el deber le lanza.
Todo es abnegación, todo bravura;
De su existencia el bien dado al olvido,
Aguarda decidido
Que el mar le preste amiga sepultura.

Tales los riesgos son, tal el estrago
De la lucha que el hombre arrostrar osa
Sobre la espalda hercúlea y procelosa
Del piélago undívago.
El fuego, el aire, el líquido elemento
Que se agita traidor bajo su planta,
En el mismo momento
Reclaman su atención, y en el combate
Que las fuerzas quebranta,
Al contrastar en reducido espacio
De tan varios peligros el embate,
Justo es al menos que su vista cuente
Iguales fuerzas que batir enfrente.

No fué así en Trafalgar: cada navío
De los que arbolan la española enseña
Contra fuerzas mayores siempre empeña
Su inquebrantable brío.
Encerrado en un círculo de fuego,
Blanco de las mortales andanadas
Que el contrario tenaz, de furia ciego,
Lanza centuplicadas,
Nada arredra el valor de sus campeones;
Y el mástil roto y perforado el casco
Y abierto á trozos el convexo puente
Aún resuena potente
La formidable voz de sus cañones.

Que el *Bahamá* lo diga, en cuyo bordo
Comandaba el intrépido Galiano,
De pecho altivo, á toda idea sordo
De rendirse al britano.
Cinco navíos á la vez afronta;
Y el valiente adalid, con voz entera
Que robustece el bélico coraje,
Le grita á su equipaje:
«Clavada está en el asta la bandera.»
Y por igual manera
El *Príncipe de Asturias*, que en su puente

Unido ve al valiente
Gravina con Escaño, su segundo,
De indomable tesón da ejemplo al mundo.

Que lo diga el *San Juan Nepomuceno*,
En que alienta el espíritu gigante
De su jefe inmortal, gloria de España (1),
Que en cien empresas dominó la saña
Del furibundo Atlante.
Antes volar el buque se propone
Que entregarle vencido, y su denuedo
Asombro infunde al enemigo y miedo.
En tal empresa seis navíos pone
El británico isleño
De un barco solo para hacerse dueño,
Y cuando, muerto el ínclito marino,
El buque arría el pabellón glorioso
Cumplido su destino,
Al preguntar, de tanta prez celoso,
Cada jefe contrario: «¿A quién se rinde?»
El valiente Falcón, que le comanda,
«Tres navíos al par tuvo por banda,»
Contesta altivo, con la voz severa,

(1) D. Cosme Churruca.

«De ninguno prescinde,
Que á uno solo el *San Juan* no se rindiera.»

Y ¿qué diré de tí, valiente Alsedo,
A cuyo esfuerzo la Fortuna esquiva
Hizo tu buque por el viento quedo
Navegar en deriva?
Su empeño decidido fué más fuerte,
Y con hábil maniobra
El *Montañés* el barlovento cobra
Y avanza hasta la línea de la muerte.
Las velas todas rasga la metralla,
Destroza los obenques y la malla,
Hace astillas las fuertes guarniciones
Y diezma los leones,
Llenos de patrio amor y de ardimiento,
Que tripulan tu débil bastimento.

En cien raudales por la rota amura
El comprimido mar entra rugiente,
Labrando la temprana sepultura
De tanta brava gente.
Y con serena frente
Impávido contemplas el estrago
Y de la muerte el incesante amago,

Que por fin, inclemente,
Hirió tu pecho y te arrancó la vida
Sobre el bao de tu nave desguarnida.

Castaños, tu segundo, toma el mando
Y en vano lidia con la adversa suerte:
Su empeño quebrantó con golpe infando
La no saciada muerte.
Sin posible defensa, acribillado
El casco por cien partes, los heridos
Sin socorro en el puente y el sollado,
Los mástiles rendidos,
Con otros cinco buques de la armada
Emprende el *Montañés* la retirada
Á la triste señal que hace el *Asturias*,
Y en demanda del puerto
Derivan juntos en fatal concierto,
Navegando en bandolas,
Los restos de las naves españolas.

¡Día terrible, en que el valor probado
Al número sucumbe con fiereza!
¡Preclaro día, en que el vencido honrado
Levanta con orgullo su cabeza!
La Historia en sus anales

Con oro escribe vencimientos tales,
Y al dejar la victoria consignada
No adjudica el honor de la jornada.
Vuestros nombres serán del mundo ejemplo
De la Fama en el templo,
Y á vuestra frente del luctuoso día
Ciñó ya la memoria
Verde laurel de eterna nombradía,
Palma gentil de inmarcesible gloria.

A D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

CON OCASIÓN DEL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE (1)

> Para tu luz y armonía
> Ni ojos ni oídos habrá.
>
> ZORRILLA.

¡Calderón! Genio profundo,
Cuyos títulos de gloria
Llenan del Arte la historia
Y los ámbitos del mundo.
Si algún rival iracundo
Quiso con torpes anhelos
De joya tal de los cielos
Menguar la gigante fama,
Que son, su intento proclama,
El mayor monstruo, los celos.

(1) Esta composición fué á la par premiada por la Universidad Central y por el Ayuntamiento de Santander en los concursos abiertos con motivo del Centenario el año 1881.

Es quien al genio deprime
El pintor de su deshonra,
Como *El médico de su honra*,
Quien llega así á lo sublime.
En vano la envidia gime
Y, el mal ajeno por guía,
Manchar una gloria ansía,
Que el remedio mejor es
Dar tiempo al tiempo, y después
Mañana será otro día.

Pudo su ingenio tan sólo
Ganarle de gente en gente
Alto nombre y á su frente
Ceñir *El laurel de Apolo.*
Desde un polo al otro polo
Su prez con el tiempo medra;
La envidia mordaz se arredra
Ante el general concento,
Que supo ablandar su acento
La fiera, el rayo y la piedra.

De su ingenio peregrino
El audaz, gigante vuelo
Supo dar ejemplo al suelo

De lo humano y lo divino.
Allanó con fe el camino
De la existencia enojosa
Dando á su musa grandiosa
Virtud y creencia aliento,
Y fué del mundo el portento
La margarita preciosa.

Ya lo divino humaniza
En pos de santa enseñanza;
De su mente la pujanza
Ya lo humano diviniza.
En esta suprema liza
No pudo encontrar iguales:
Dijo en versos inmortales
Primero soy yo, y con creces
Lo demostraron cien veces
Sus autos sacramentales.

De una rica inspiración
Al sacro, encendido fuego
Mostró á todos desde luego
Cuál es mayor perfección.
Tuvo por noble misión
Preconizar la virtud,

De un recto juicio á la luz
Saber del mal y del bien
Y hacer de su fe sostén
La devoción de la Cruz.

Siempre por lema el honor,
En su doctrina ejemplar
No pudo tener lugar
El acaso y el error.
Más que erigirse en censor
Del feo vicio, procura
Ensalzar la virtud pura,
Y así, en tan noble tarea,
Para cautivar emplea
Las armas de la hermosura.

Su mente es puro crisol
Que á la vil escoria acusa:
La hija del aire es su musa,
Su genio *El hijo del sol.*
De la aurora el arrebol,
De amor las blandas cadenas,
Del bien las horas serenas
Tal pinta que en dulce calma
Parece que surca el alma
El golfo de las Sirenas.

En cuanto ensayó su numen
Llevó la palma su ingenio:
Rey se erigió del proscenio
Sin que sus lides le abrumen.
De todas galas resumen
Su drama caballeroso,
El diálogo primoroso,
La intriga feliz y amena,
Le proclaman de la escena
El mágico prodigioso.

Pintor fiel de las costumbres
De una edad de galanteos,
En los mismos devaneos
Hay de la virtud vislumbres.
Del arte escaló las cumbres,
Y en la farsa celebrada
Dicha «de capa y espada»
Da todo su ingenio y sigue
Dueño de él, y así consigue
Darlo todo y no dar nada.

De la sociedad altiva
De aquellos días espejo,
Son sus dramas fiel reflejo

De la pasión que la aviva.
Da al pecho llama más viva
El negro manto en la faz,
Y al alma roba la paz
Fineza contra fineza
Cuando á provocar empieza
Duelos de amor y lealtad.

Y tales los lances son
De sus cien comedias base,
Que se hizo vulgar la frase
De «lances de Calderón.»
Que cautiva el corazón
Del pueblo que audacias ama,
Y por sus leyes proclama
Amor, honor y deber,
Ver á un galán sostener:
Antes que todo es mi dama.

Con tales dotes el cielo
Quiso adornar su persona,
Que obtuvo triple corona
Por sus tres vidas del suelo:
De sacerdotes modelo,
Soldado fiel y valiente,

Poeta el más eminente,
Tiene hoy mayor nombradía
Que alcanzó en su fantasía
La Sibila del Oriente.

No hallando ponderación
Su ingenio en humana boca,
Basta callar si se invoca
El nombre de Calderón.
Si débil fué la opinión
Durante su vida, hoy fuerte
Que no admite duda advierte,
Y en su entusiasmo profundo
Impone el precepto al mundo
de *Amar después de la muerte.*

Que al que debe excelsa gloria
Justo es que rinda homenaje,
Y fuera la duda ultraje
Á tan augusta memoria,
Y contradicción notoria
Que al poeta y sabio al par
Levante España un altar
En el templo de la ciencia
Y quepan en su conciencia
Agradecer y no amar.

Porque en la existencia varia
Del alma presa de afectos
De una causa dos efectos
Son consecuencia ordinaria.
Y obligación necesaria
Que gratitud y amor una
El pueblo que le dió cuna,
Cuyos hijos por tal vida
El orbe entero apellida
Los hijos de la Fortuna.

Busca en la lucha inclemente
De este mundo baladí
Cada uno para sí
Remedios al mal que siente.
Quien encontrarlos intente,
Bien seguro de su acierto,
De Calderón tenga abierto
Cualquier libro ante los ojos,
Que ha de ser á sus enojos
El mejor amigo el muerto.

Amigo amante y leal
Á cuyo dulce consuelo
Puede exclamar sin recelo
El triste: *Bien vengas, mal.*

Que hasta el penoso arenal
De la vida, en que el desmayo
Causa del dolor el rayo,
Hacen senda deleitosa
La púrpura de la rosa,
Mañanas de abril y mayo.

Hablar de los suaves goces
Que el alma sedienta apura
En su sabrosa lectura
Sería *El secreto á voces.*
Y, aunque los hados veloces
Extingan con cruda saña
Vida que la gloria baña,
Es su recuerdo tan fuerte
Que hará siempre de su muerte
El postrer duelo de España,

Debió mi numen vulgar
Ante tu numen ser mudo,
Que, del pobre ingenio escudo,
No hay cosa como callar.
Pero un hecho singular
Á mi osadía abrió paso:
Hoy hicieron del Parnaso
En tu honor libre la entrada

Y sigo en esta jornada
Los empeños de un acaso.

No tienen noble abolengo
Mis versos, y en este lance
Sólo me evite un percance
Decir: *Con quien vengo, vengo.*
Sé que títulos no tengo
Para publicar en plazas
Glorias que tú solo abrazas;
Pero, en tal trance metido,
De tus frases me he valido,
Que *Hombre pobre todo es trazas.*

Sirva á mi canto de excusa
Que la admiración le inspira:
Mejor sonara mi lira
Si fuera mejor mi musa.
Mas nunca el genio rehusa
Humilde aplauso leal,
Que es poco la vida real
Al que es de la gloria dueño,
Porque, al fin, *La vida es sueño*
Ante la gloria inmortal.

Mayo, 1881.

Á CHATEAUBRIAND

ODA PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN EL CERTAMEN DE TOULOUSE DE 1883

Cual águila caudal que vigorosa,
Apenas libre del materno nido,
Sacude fiera el ala poderosa
Que al viento arranca vibrador quejido;
Y al hirviente latido
De la encendida sangre de su pecho
Ve el ancho espacio á su anhelar estrecho,
Y con su audaz pupila rutilante
Cuanto tiene delante
En la esfera descubre á largo trecho;

Y, gigante al sentirse, rauda hiende
La nube en que germina la tormenta,
Y sobre el aire límpido se tiende
Que su ligera máquina sustenta;
Y en su ascensión violenta
Del éter llega á la elevada cumbre,

Y, sin que el rayo abrasador deslumbre
Con sus destellos rojos
El iris fijo de sus grandes ojos,
Del sol arrostra la encidada lumbre:

Tal Chateaubriand, de su naciente vida
El juvenil hervor sintiendo apenas,
Por indomable afán enardecida
Su sangre corre en las hinchadas venas;
De grandes sueños llenas
Su alma viril, su mente creadora,
Al impulso del brío que atesora
De su pecho el latir, su pensamiento,
Con titánico aliento,
Del mundo ignoto la región explora;

Y, gigante al sentirse, de la guerra
Buscó el espacio para alzar el vuelo,
Pero al intenso afán que su alma encierra
Daba el campo de Marte angosto suelo.
De su insaciable anhelo
Su pecho al agitar nuevo transporte,
Quiso, alejado del feroz Mavorte,
Su pie fijar en tierra inexplorada
Y por senda del hombre nunca hollada
Paso abrir á la América del Norte.

Cambios de la Fortuna, de su empeño
Le apartaron fatales, y otra vía
De horizonte á su gloria más risueño
Abierta vió su rica fantasía.
De insigne numen dueño,
Del arte y de la ciencia en las regiones,
Campo sin fin de excelsas creaciones,
Con éxito feliz tendió las alas
Y añadió de sus obras con las galas
Un blasón de su patria á los blasones.

Busca suave lección al desconcierto
En que el mundo se agita, en la serena
Descripción de la vida del desierto,
Que la paz del espíritu hace amena;
Su corazón apena
Ver que el pueblo sin fe marcha al abismo
—Verdugo en su ignorancia de sí mismo—
Y la senda del bien le hace notoria
De los Natchez con la galana historia
Y la Santa Verdad del Cristianismo.

Huella con firme paso la alta esfera
Que de una gran nación rige el destino,
Y en los Consejos áulicos impera
Y á la acción de su rey marca el camino.

Con bien extraño sino,
Aristócrata fué por nacimiento,
Demócrata á la par por sentimiento;
La voz de su deber tan sólo escucha,
Y, amigo de la paz, por Francia lucha
Y alza de guerra el pabellón sangriento.

Mas por doquier que va, doquier su genio
Hace sentir su mágica influencia,
En las obras galanas del ingenio,
En el campo severo de la ciencia;
Se ve su prepotencia
Brillar con viva luz cual sol radiante,
Ya con la lira del poeta cante,
Ya con la ardua labor de estudios serios
Quiera arrancar al mundo los misterios
Que en su marcha le impelen adelante.

Alma llena de amor, del hombre quiso
Guiar los pasos y calmar la pena;
De recto corazón, jamás remiso
Fué á la voz del deber que le encadena;
Mostró de férrea vena
Su firme voluntad para su empeño;
Cruzar el orbe todo fué su sueño,
Y con su fe por guía holló su planta

Del Mártir celestial la Tierra Santa:
Hoy su renombre de la fama es dueño.

Duerme en paz, Chateaubriand: á tu memoria
Honrosa distinción consagra el mundo;
Perenne brilla el astro de tu gloria
Con luz del bien para el mortal fecundo;
El piélago iracundo
Que en su bruma bañó tu hogar paterno,
Y al raudo avance de su flujo alterno
Lisonjero arrulló tu ilustre cuna,
Por tu buena fortuna
Hoy arrulla también tu sueño eterno.

EL DESCENDIMIENTO

Al pie de cruz infame consagrada
Por la muerte del Justo, en la amargura
De su intenso dolor enajenada,
Está la Madre entre las madres pura.

Se sienta á recibir en su regazo
Aquel cuerpo querido, hora maltrecho,
Dispuesta á unir con amoroso abrazo
Los restos fríos á su ardiente pecho;

A lavar con el agua de sus ojos
La sangre seca en las divinas sienes,
Que son aquellos míseros despojos
El solo bien de sus terrenos bienes.

De sus amigos el piadoso empeño
Sigue con triste afán y amarga pena;
Y cada golpe sobre el tosco leño
Cruel en su pecho maternal resuena.

En la onda acerba del dolor sumida,
Sólo responde á su dolor su mente,
Y juzga causa de otra cruenta herida
El golpe amigo que angustiada siente.

Recibe al fin el cuerpo macilento
Sobre el dulce regazo de su falda,
Y al querer animarle con su aliento
Aquella fría piel su labio escalda.

Ayes de íntimo afán y de terneza
Su voz dirige al que era su embeleso,
Y cree aplicar en la gentil cabeza
Bálsamo á sus heridas con un beso.

El Verbo creador contempla inerte,
La luz de luz suprema ya extinguida,
Victoriosa pasar la fría muerte
Sobre Aquél que á los muertos diera vida.

La tersa frente, del Eterno espejo,
Con tez marchita, sin color ni brillo:
La pupila, que fué de Dios reflejo,
Sin luz presenta el irradiante anillo.

Aquél su Hijo y á la par su Esposo,
Aquél el Padre que encarnó su vida,
El que en su seno virginal glorioso
El germen puso á salvadora egida.

Su amor, su sér, su vida en Éste encierra,
Y triste exclama ante su cuerpo frío:
«Mirad, oh caminantes, si en la tierra
Hay un dolor que iguale al dolor mío.»

¡¡SOLA!!

De sombras llena la turbada mente,
El ánimo postrado, la energía
Del pasado valor hora indolente,
Sentada al borde de escarpada vía,

Está la Virgen Madre: en su mirada
Indeciso vagar muestra su duelo;
Morir se siente allí desamparada;
Ve la tierra sin luz, opaco el cielo.

Las tinieblas que cercan el espacio
Se condensan en su alma ennegrecidas,
Y á toda calma su dolor rehacio
Encona de su pecho las heridas.

¡Sola me encuentro, exclama: sola vivo!
Aquél que era mi sér me dejó sola,
Aquél de quien mi amor era cautivo
Por ingratos sin fe su vida inmola.

¡Cuán horrible visión! ¡La cruz alzada,
De sus brazos pendiente el Cuerpo Santo,
Por agudas espinas desgarrada
La frente que era de mi vida encanto!

¡El duro clavo perforando cruento
Las dulces manos y los pies benditos
Sobre que pesan, por mayor tormento,
Los miembros todos, pálidos, marchitos!

¡De aguda lanza por el golpe fiero
Hendido muestra el virginal costado
De aquel pecho sin hiel, de amor venero,
Por salvar á su grey sacrificado!

¡Un gélido sudor su cuerpo baña
Que agitan dolorosas contracciones;
El ardor de la sed quema su entraña
En medio de mortales convulsiones!

Inclina la cabeza sobre el pecho,
La muerte el brillo de sus ojos vela,
Y, el lazo de la vida ya deshecho,
Al seno de su Padre el alma vuela!

¡Aun cadáver le arrancan de mis brazos,
En la piedra ahuecada le sepultan,
Y, sin ver que de mi alma hacen pedazos,
Bajo la losa fúnebre le ocultan!

¡Qué horrible soledad! En vano fijo
Mi atribulada mente en la orden santa
Que me dijo: «Mujer, he aquí tu hijo,»
Débil consuelo tras de pena tanta.

Caída sobre el pecho la alba frente
Cual de marchita flor blanca corola,
«¡Pasad, hijos, exclama en voz doliente,
Que yo en el mundo me he quedado sola!»

LA ROSA (1)

Son su forma y color del pensil gala,
Del aura encanto su preciado aroma;
El suave rosicler del alba toma
Y al bello tinte, si no excede, iguala.

Pliega en la flor la mariposa el ala
Cuando del tibio sol el rayo asoma
Que tiñe en áurea luz la verde loma,
Ebria al perfume seductor que exhala.

Al mirar de sus pompas el tesoro
Fué enaltecerle general anhelo:
Brilla en sagrada mano *rosa de oro;*

Y, no bastando símbolos del suelo,
Místico emblema forma en santo coro
De la Reina purísima del cielo.

(1) Este soneto fué escrito para el *Cancionero de la rosa*, publicado por el Sr. Pérez de Guzmán.

GILETE (1)

LEYENDA MONTAÑESA

En tiempos que ya pasaron,
Pero á los de hoy parecidos,
Fuera el Valle de Guriezo
De un triste drama testigo.

Vivía en aquel entonces
Del poblado en el recinto
Don Gil Sánchez Marroquín,
De una Doña Ana marido.

Era esta mujer gallarda,
De sensuales atractivos,
Y, aunque no moza, á las mozas
Superaba en tercio y quinto.

(1) Tomó el poeta este asunto de Lope García de Salazar, en el libro XXV de sus *Bienandanzas y fortunas*.

Vestía como quien viste
Para lucir sus hechizos,
Con el talle al descubierto
Y la garganta lo mismo.

Muchos hombres codiciaban
De Gil Sánchez el dominio,
Y entre ellos un mozalbete
De airado genio y arisco.

Gilete le nominaban
De aquel lugar los vecinos,
Sin más que este nombre á secas,
De algún Gil diminutivo
Que si pudo darle vida
No pudo darle apellido.

En la familia de Sánchez
Era el mozo muy bien quisto,
Y á su mesa se sentaba,
Sobre todo los domingos,
Y Gil le daba monedas
Y le compraba vestidos.

Ana ignoraba ó sabía
De estos gajes el motivo,
Á que estaba acostumbrada
Desde que el mozo era chico,

Y nunca puso reparos
Á estos gastos repetidos,
Tal vez porque así encontrara
Disculpa á algún extravío.

Gilete á los dos tenía
Respeto y al par cariño;
Pero en el fondo de su alma
Guardaba un deseo ilícito.

Era también comensal
En aquella casa asiduo
Don Fernando de Layseca,
Alcalde del valle dicho,
Pariente de Don Gil Sánchez
Por el tronco consanguíneo.

La amistad era tan grande
Que ligaba á los dos primos,
Que, ausente Gil, se quedaba
Layseca en el domicilio.

No sé qué advirtió Gilete
En el trato aquél tan íntimo
Que ver á Layseca le era
Como ver al enemigo.

Y afirmó su antipatía
Escuchar en los corrillos
Del pueblo sobre aquel trato
Comentarios muy ambiguos.

Daba este runrún creciente
Apoyo á su mal prejuicio,
Y al odio que en él nació
Servía al par de incentivo.

Siempre que á Layseca hallaba,
Lo que era muy de continuo,
Su arisco genio más hosco
Se mostraba y retraído.

En vano Doña Ana, al verle
Tan cejijunto y mohíno,
De aquel rencor concentrado
Presintiendo un estallido,

Del que su conciencia inquieta
Parecía darle aviso,
Le colmaba de agasajos
Con manjares y con vinos.

Bebía el mozo sin tasa
Para calmar su martirio,
Y era echar nueva materia
Al fuego de sus sentidos;
Porque con mayor empuje
Sentía hervir su apetito
Y arder su celoso pecho
Al rencor del odio inicuo.

Layseca le despreciaba,
Considerándole un niño,
Sin creer que su pecho fuese
De tan loca pasión nido.

Gil Sánchez, ó ciego ó mudo,
Permanecía tranquilo:
Ni del mozo se cuidaba,
Ni se cuidaba del primo.

Tal era de aquellas gentes
El estado del espíritu
Al comenzar el relato
Que está en la crónica escrito.

II

Pasaron algunos meses,
Y un día, de sobremesa,
En que á comer no tuvieron
Persona alguna de fuera,
Se entabló entre los esposos
Esta plática secreta:

—¿Sabes, Ana, que en tí noto
Ya inquietud ó ya tristeza?
Y si tu mal ahora empieza,
Preciso es ponerle coto.

¿Qué tienes que te acongoja
Y así te trae intranquila?
Si es grave la causa, dila.
—Nada tengo—dijo, roja
Por la sorpresa y mohína,

Ana á su esposo.—Y me extraña
El mucho interés que entraña
La pregunta.
—Es que adivina
Mi afán ajenos disgustos;
Que, aunque no son graves duelos,
También tengo yo recelos
Que me acibaran los gustos.
—¿Qué te pasa?
—Te concedo
Que son sospechas recientes;
Pero creo que las gentes
Me señalan con el dedo.
Así al menos lo malicio
Cuando en mis diarios paseos
Noto ciertos cuchicheos
Que han de ser en mi perjuicio.
—Es aprensión bien extraña.
¿Quién habrá que en mal te aluda?
—El gusano de la duda
Me está royendo la entraña.—

Y, en su mismo lazo envuelto,
—Gilete—añadió,—es buen mozo:
Apenas le apunta el bozo
Y es ya fornido y esbelto...—

Mas Ana dijo de pronto,
Y á Gil le puso en un brete:
—¿Qué tiene que ver Gilete
Con nuestra plática, tonto?

Si esa tu extraña manía
Puede tener fundamento,
Será por el viejo cuento
Aquél de la bastardía.

No tu conducta reprocho;
Pero ya que de él hablamos,
Veinte años há nos casamos
Y el chico tiene diez y ocho...—

Y temiendo continuar,
Le dijo Gil á su esposa:
—Mira, hablemos de otra cosa
Y pelillos á la mar.

III

Si el diálogo no hizo mella
En la paz del matrimonio,
Peores auspicios mostraba
De Gilete un soliloquio.

Tendido la misma tarde
Bajo la sombra de un soto,
Teatro de sus campañas
Contra la liebre y el zorro,
Con los puños apretados
Y el gesto cual nunca torvo,

—Es necesario—decía,—
Concluir con uno y otro;
Ahogar mi amor por infame,
Matar al hombre, y es poco,
Porque el trance de la muerte
Lleva tras de sí el reposo.

Vivir como vivo ahora
Es para volverse loco:
Amo y el deber me veda
Un amor que es licencioso;

Debo respetar sin mancha
Del que es mi amparo el decoro,
Y tengo ya la evidencia
De que es aparente sólo.

Su sangre en mis venas corre,
Que así me lo han dicho todos,
Y es doble razón que alienta
Mi venganza contra el dolo.

Esta noche, ausente Gil
Por uno de sus negocios,
Irá Layseca á la casa,
Cual siempre libre de estorbos;

Y cuando, al salir la aurora,
Salga él, encubierto el rostro,
Ha de topar con el hierro
Que le prepara mi encono;

Que si tal conducta el pueblo
Condena en murmullos sordos,
El castigo de la culpa
No ha de ver con malos ojos.—

Decidido así el mancebo,
Su saña mayor que su odio,
Del pueblo tomó el camino,
La ballesta sobre el hombro.

IV

Muy lluviosa está la noche,
La calle sin luz alguna
Y sin persona importuna
Que madrugue ó que trasnoche.

Sólo cerca del umbral
De la casa de Don Gil,
De muy confuso perfil
Se nota una sombra mal.

Inmóvil como una piedra,
Ni el esperar le fatiga,
Ni á guarecerse le obliga,
Ni aquella lluvia le arredra.

Pasaron hora tras hora
Y hasta tres tuvo de espera,
Pero al finar la postrera
Empezó á lucir la aurora.

Por dentro, en el mismo instante,
Se abrió una puerta sin ruido,
Se adelantó el escondido
Y se halló un hombre delante.

Y, sin más preparación
Que alzar el brazo que asesta,
Con un tragaz de ballesta
Le hizo dos el corazón.

Cayó Layseca en el suelo
Lanzando un débil quejido,
Y el otro, al mirar cumplido
Ya su sanguinario anhelo,

Se embozó con mucha calma
Y siguió calle adelante
Sin cuidarse un solo instante
Ni del muerto ni de su alma.

Cuando ya la luz del día
Permitió ver los objetos,
Se acercaron dos sujetos
Donde el cadáver yacía.

Y al reconocer que el muerto
Era el Alcalde Layseca,
Con una expresiva mueca
Significaron lo cierto.

Corrió la voz en seguida
Y se alborotó la gente,
Y vino el Juez diligente
En busca del homicida;

Pero el vecindario mudo
No dió indicios ni señales,
Y á falta de datos tales
Emprendió un trabajo rudo.

Y la justicia, en total,
Dió un paso tras otro incierto,
Y los parientes del muerto
Callaron como otro tal;

Que fué para el pueblo aquél
Piedra de escándalo el caso
Y nadie osó ni de paso
Levantar la voz por él;

Y por doquier se escuchaba,
Prueba del común sentido,
Este adagio conocido:
«Quien mal anda, mal acaba.»

Á TAL VIDA, MUERTE TAL

LEYENDA MONTAÑESA

Testigo de lances varios
Como de infames escenas,
De la villa de Treceño
En el límite se asienta
La Torre-Fuerte, del pueblo
Defensor y centinela;
Si desmoronada á trozos
Y asaltada por la hiedra,
Que hace escala de sus muros
Y hasta lo más alto trepa,
Dominando la campiña
Antaño se la vió enhiesta.

Habitábala un magnate,
Cuyo apellido se queda
De aquellos tiempos remotos
Entre las obscuras nieblas.

Iñigo pudo llamarse,
Y era de gentiles prendas
Personales, pero su alma
Mezquina y torpe al par era.

Con tal caudillo las gentes
Que poblaban ambas vegas
Más un verdugo en la Torre
Miraban que una defensa.

Y era justa y bien fundada
Tan dolorosa creencia,
Que nada habían seguro
En la honra ni en la hacienda.

Frecuentemente noticias
Se propalaban por ciertas
De un despojo en una trocha,
Del rapto de una doncella.

Y cuando de sus autores
No se tenía certeza
Todos á la Torre-Fuerte
Dirigían sus sospechas;
Que era de todos sabido

Que en aquella madriguera
Tanto el apuesto magnate
Como sus gentes aviesas
Si codiciaban lo ajeno
Lo tomaban por la fuerza.

Y era de notarse siempre,
Tras de tan viles empresas,
La algazara y los festines
Y el estrépito de fiesta
Que al través de aquellos muros
Lanzaban sus ecos fuera.

En una de estas orgías,
Llenando la larga mesa,
Con los rostros encendidos
Por el fuego de las cepas,
Echando chispas los ojos
Y algo trabada la lengua,
Estaban los comensales
—El prócer de cabecera,
Sobre un sillón elevado
Señal de su preeminencia—
Dando, entre groseros chistes
Salpicados de blasfemias,

Al caudillo, que es su norte,
Aplausos y enhorabuenas
Por un vil hecho reciente,
Para ellos digna proeza.

Era el caso que á una moza
De una comarcana aldea,
Fingiéndose un escudero
Recién llegado á la tierra,
Con un disfraz apropiado,
Gorra sin pluma y presea,
Logró alucinar, valido
De su labia y gentileza,
Y la arrebató á sus padres
Y dió en la Torre con ella.
Alguno de la mesnada
Envidió al señor la presa,
Y entre los ruidosos brindis
Hizo patente su idea.
—Paréceme, Sancho—dijo
Don Íñigo,—que sin mengua
La cesión aceptarías
De esa codiciada prenda,
Que es manjar harto sabroso,
Sin que hayas de haber en cuenta
El ser en esta jornada

Plato de segunda mesa.
Pues te la cedo; y en cambio
Exijo de tí la oferta
De ayudarme en otro lance
Con la astucia ó con la fuerza.
Es lance que hace ya días
Me preocupa y altera,
Y los primeros avances
Dan con mi esperansa en tierra.
He visto y ya la codicio,
Y ojalá que no la viera,
Que al través de sus encantos
Veo vagar sombras negras,
Á la moza más garrida,
Más viva y más halagüeña
De todos estos contornos;
De tez rosadà y más neta
Que de la nieve es el ampo;
Son sus ojos dos estrellas,
Su talle junco flexible,
Su boca madura fresa.
Llámanla la Flor del Valle.
—María la Molinera,
Dijo Sancho. En mal negocio,
Buen Don Íñigo, te empeñas,
Que es la moza, si garrida,

Tan virtuosa como bella.
Nunca se la ve en los bailes
En la villa ni en la aldea;
Nunca dió oído á requiebros,
Y nunca las malas lenguas
Hallaron en qué tacharla;
Y es además cosa cierta
Su próximo casamiento
Con Martín el de la Aceña
De más arriba, que la ama
Desde cuando era mozuela.
Hombre de notables bríos,
Que nunca sufre una ofensa,
Y maneja los aperos
Lo mismo que la ballesta.
—Mejor,—repuso Don Íñigo—
Encuentra así en la contienda
Nuevo atractivo mi audacia,
Que á los recelos supera
De la idea extravagante
Que me la hizo creer funesta,
Puesto que el mozo es valiente
Como la moza soberbia.
De todos modos, yo fío
De tu ayuda en la promesa;
Y dejemos este asunto

Por hoy, y siga la gresca,
Que para zanjarlo, Sancho,
Haremos lo que se pueda.

II

—Te digo que estoy sin calma
Y el recelo me acongoja:
Hoy está la luna roja
Y triste como ella mi alma.
—¿Por qué, dime, esos temores,
Martín, agitan tu pecho,
Si en breve con lazo estrecho
Se unirán nuestros amores?
—Es que ha llegado á mi oído
Que algo contra tí se intenta.....
Y está la luna sangrienta.
—Da ese temor al olvido.
Si un capricho pasajero
Hizo al de la Torre un día
Fijarse en mí, no sabía
Lo mucho que yo te quiero.
Pero bien se lo hice ver
Cuando, en disfraz de labriego,

Quiso empezar por el ruego
Para alcanzar mi querer.
Altiva cuanto severa,
Rechacé su falso halago,
Dando á ver de un modo vago
Que ya sabía quién era.
—Sí: mas de la Torre el dueño
Cuando un deseo en él nace
No es hombre que se deshace
Fácilmente de su empeño.
Si con el ruego no pudo,
Lograrlo habrá con violencia.
—Pues si él no tiene conciencia,
Honra y amor son mi escudo.
—Pero vives aquí sola,
Y tu madre, enferma y muda,
No puede prestarte ayuda
Si el infame tu hogar viola;
Que ha de apreciar en bien poco
Una nueva alevosía,
Y ante esta idea, María,
Siento que me vuelvo loco.
Si no logro tal defensa,
Á Dios pongo por testigo
De que á matarle me obligo
Si te hace cualquiera ofensa.

—Que te atormentas en vano
Quiero creer; mas ten seguro,
Y por mi amor te lo juro,
Que si á mí atenta liviano,
Antes de vivir impura
É indigna de tu amor fiel,
Ó logro matarle á él
Ó me abro la sepultura.
—Dios quiera que mis recelos
Sean por fin sombra vana,
Que con esta duda allana
El temor paso á los celos.
—Ve tranquilo y en mí fía,
Porque ya la noche avanza,
Y pon en Dios la esperanza
Y en la fe de tu María.

III

Tomó Martín río arriba
La senda con paso lento,
Como que iba examinando
La razón de sus recelos;
Y cuando llegó á la aceña

Quiso buscar el sosiego
Tendido, sin desnudarse,
Sobre las ropas del lecho;
Pero la viva zozobra,
Dueña de su ánimo inquieto,
Le impidió por largo rato
Poder conciliar el sueño.
Algunas horas más tarde,
De la noche en el promedio,
Se abrió un postigo en la Torre,
Y uno tras otro salieron
Hasta tres hombres al campo
En sendas capas envueltos.
Del muro á corta distancia
Se les agregó en silencio
Otro, que un fuerte caballo
Llevaba tras sí del diestro;
Y todo el callado grupo
Llegó á tomar un sendero
Que á las revueltas del río
Se plegaba paralelo,
Y para ir á las aceñas
Era el más corto trayecto.
Cerca del primer molino
Hicieron un alto, y luego
Dos de ellos se destacaron

Á examinar el terreno.
Todo era quietud en torno;
Que por un fatal evento,
La molienda aquella noche
También estaba en suspenso.
María y su madre, enferma,
Á favor de este suceso
Con más reposo dormían
Bajo aquel humilde techo,
Á cuyo pobre recinto
Limitaban sus deseos.
Llegaron los embozados,
Y al intentar el primero
Abrir la vetusta puerta
La halló atrancada por dentro;
Que, aunque precaución inútil,
En ciertos días al menos
Que en la aceña pernoctaban
Los vecinos molenderos,
Al verse solas María
Estimó prudente hacerlo.
No fué para los malvados
Importante contratiempo:
De una ventana contigua
Romper lograron los hierros,
Sin cuidar de si causaban

Mayor ó menor estruendo,
Y, aquel camino expédito,
Saltaron dentro dos de ellos.
Despertó sobresaltada
María, y apenas tiempo
Tuvo de vestir de pronto
La tosca saya y sayuelo,
Cuando dos robustos brazos
Fuertemente la ciñeron
Y otros taparon su boca
Con un arrollado lienzo;
Y, levantándola en vilo
Á pesar de sus esfuerzos,
Á cuya violencia en breve
Un síncope puso término,
Y franca ya la salida,
En los brazos la pusieron
De Don Íñigo, que estaba
Sobre el caballo ya presto
Y el camino de la Torre
Al punto tomó ligero.
Los otros dos, en la aceña
Entraron juntos de nuevo,
Y de la infeliz anciana,
Para aumentar su tormento,
Á la cama en que yacía

Ataron el débil cuerpo,
Retirándose en seguida
De su hazaña satisfechos.

IV

Apenas la luz del día
Dibujó en el horizonte
Esa blanquecina faja
Que anuncia el fin de la noche,
Y antes que del sol los rayos
Con oblicuos resplandores
De tintas de oro bañasen
Las altas cimas del monte,
Del recelo que le agita
Sintiendo los sinsabores,
Despertó Martín inquieto
Y del molino salióse.
Por el afán impelido
Que su ánimo sobrecoge
Y finge á su fantasía
Ecos de siniestras voces,
La distancia á la otra aceña

En breve espacio recorre.
Abierta encontró la entrada,
Desquiciada de sus goznes
Vió la ventana contigua,
Y, cierto de sus temores,
Con el alma atribulada
Entró iracundo hasta donde
Se halló con la anciana exánime,
Ya de la tumba á los bordes,
Que fué para ella aquel trance
Seguro y último golpe.
Le soltó las ligaduras,
Y apenas obtuvo entonces
Idea de lo ocurrido
Por medio de señas torpes,
Que á poco rindió en sus brazos
Su escasa vida la pobre.
Cubrió Martín el cadáver,
Rezó un solo *Pater Noster*,
Y ante aquel mortuorio lecho,
De Dios invocando el nombre,
Juró vengar aquel crimen,
Sus ultrajados amores,
Y librar á la comarca
De aquel infamante azote
Que, escudado tras sus muros,

Se guarecía en la Torre.
Á ella encaminó sus pasos;
Pero su robusta mole
Tan bien guardaba el secreto
De su poseedor innoble
Que nada se traslucía
Por los huecos exteriores.
Pasaron así los días,
Lisonjeros para el prócer
Que sus villanos desmanes
Lograba gozar incólume.
Á poco tiempo empezaron
Á correr vagos rumores
De haberse dado la muerte
En aquel antro una joven,
Que no quiso ser objeto
De licenciosas pasiones;
Y la funesta noticia,
Con las promesas acorde
Que entre Martín y María
Hubo en varias ocasiones,
Hizo que en aquél la saña
Con nueva furia se colme
Y la muerte del inicuo
Su odio le reclame á voces.
Al afán de su venganza

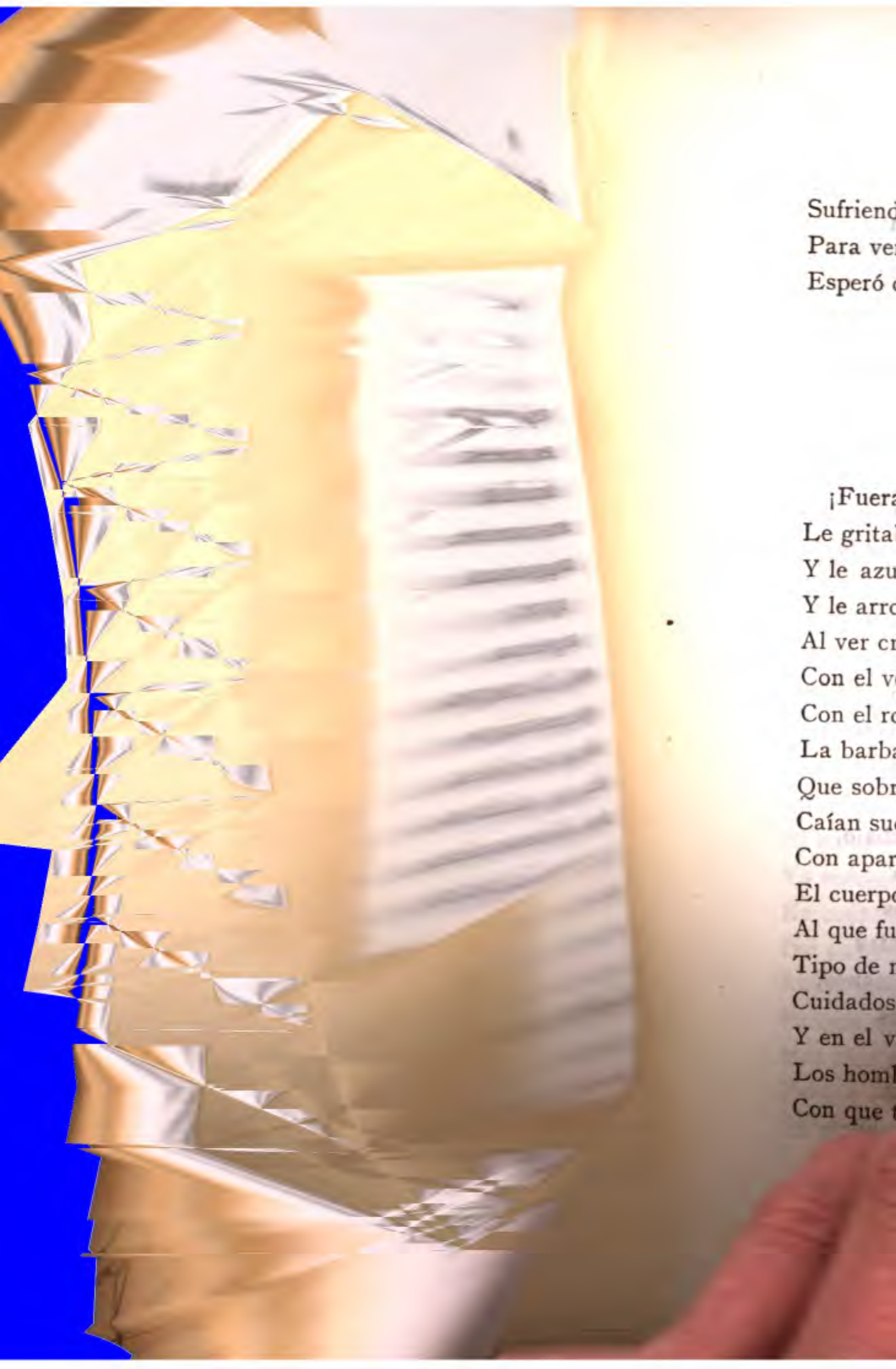
No halla suficiente molde,
Y para calmar sus iras
Formó un propósito doble.
Juró ocultar en su pecho
El furor que le corroe,
Sin que la acción más ligera
Demuestre sus intenciones;
Rondar la infame guarida
De noche y de día insomne,
Hasta que de su venganza
Ocasión propicia logre;
Revelar no más su pena
En las entrañas del bosque,
Donde tendrá por testigos
Tan sólo los mudos robles;
Vagar por campos y aldeas,
Ropa y cabello en desorden,
Mostrando perdido el juicio
En sus hechos y en su porte,
Hasta tanto que la suerte
Le favorezca á la postre
Y venga un día en que no halle
Para sus intentos óbice.
Así Martín, de sus ansias
Y de sus crudos dolores
En el desolado pecho

Sufriendo el horrible choque,
Para vengar sus agravios
Esperó días mejores.

V

¡Fuera, fuera! ¡El loco, el loco!
Le gritaban los muchachos,
Y le azuzaban los perros,
Y le arrojaban guijarros,
Al ver cruzar por la villa
Con el vestido hecho arapos,
Con el rostro macilento,
La barba y cabello largos
Que sobre pecho y espalda
Caían sucios y lacios,
Con apariencia de sombra
El cuerpo de puro flaco,
Al que fuera en otros días
Tipo de mozos gallardos,
Cuidadoso de su hacienda
Y en el vestido galano.
Los hombres y las mujeres
Con que tropezaba al paso





Sufriend
Para ver
Esperó

¡Fuera
Le grita
Y le azu
Y le arro
Al ver cr
Con el v
Con el ro
La barba
Que sobr
Caían su
Con apar
El cuerpo
Al que fu
Tipo de n
Cuidados
Y en el v
Los homb
Con que

De indignación y de pena
Sentían movido el ánimo;
Que á todos era notoria
La causa de aquel estrago
Que en mozo de tantos bríos
Ajó la flor de los años.
Él, preso de sus dolores,
Iba sin hacer reparo
En los gritos de los unos
Ni en la compasión de tantos.
Y la cabeza inclinada
Y sobre el pecho los brazos,
Á paso lento seguía
La salida para el campo.
Rondaba en torno á la Torre,
Al parecer descuidado,
Ó á las orillas del río,
Siempre absorto y cabizbajo,
Horas enteras se estaba
Los tristes ojos clavados
En las aguas transparentes
Que, de un recodo al remanso,
En los movibles cristales
Bosquejaban su retrato.
Al cruzar un cierto día
De la Torre-Fuerte al lado

Abierto notó un postigo,
Desierto el contiguo patio,
Y, entreviendo á su venganza
Cumplido por fin el plazo,
Antes que en él reparasen
Se entró por aquéllos rápido.
Halló al frente una escalera
Con espaciosos peldaños,
Que á las principales cámaras
Creyó debía guiarlo,
Y por ella tomó al punto
Y se encontró en el piso alto.
En una estancia lujosa,
Que alumbraba sólo un claro
Abierto en el fuerte muro,
Y en el grueso de su marco
Puesto de codos estaba
El hombre por él odiado,
Ya entreteniendo sus ocios
En contemplar los encantos
Del paisaje, ó bien urdiendo
Algún otro plan nefando.
Parecía distraído
Más bien que preocupado,
Porque con el pie marcaba
En el suelo un compás tardo,

Tal vez recuerdo inseguro
De algún estribillo báquico.
Luciendo el marcial arreo,
Que iba tan bien á su garbo,
Ceñía la fuerte cuera
Sobre el vestido de paño,
Pluma en la redonda gorra
Presa con broche al costado,
Altas botas de becerro,
Espuelas de cercos anchos,
Y en el cinto, hacia la espalda,
Tenía el puñal colgado.
Paróse Martín un punto
Para contener los saltos
Que en su dolorido pecho
Daba el corazón airado.
Se adelantó cauteloso,
Por más que sus pies descalzos
No hicieran el menor ruido
Sobre el suelo de castaño,
Y abalanzándose al prócer,
Mientras que con férrea mano
Sujetó su cuerpo al muro,
Sin darle á volverse espacio,
Levantó con la otra libre
El puñal desenvainado

Y se le hundió en la garganta
Con fiero gozo, exclamando:
—He esperado este momento
Día tras día hasta un año:
Que la sombra de María
Quede vengada, villano.—
Seguro que está bien muerto,
Deshizo Martín lo andado,
Y por la misma escalera
Logró salir sin obstáculos.
Al pasar algunas gentes
Llamó su atención el charco
Que formó la sangre fresca
De la ventana debajo;
Y al levantar la mirada
Vieron el cuerpo doblado
Del prócer sobre el alféizar,
Pendientes fuera los brazos,
Y en el muro de la Torre
Impreso el sangriento rastro.
Si fué motivo de asombro,
No lo fué de duelo el caso,
Que todos en él veían
El castigo de un malvado,
Que de sus torpes desmanes
Recibía el justo pago.

No se volvió á ver al loco
Por los contornos vagando,
Ni á las orillas del río
Contemplar su sombra extático.
Sólo después de algún tiempo
Dió en correr el rumor vago
De que hubo quien vió en la casa
De un magnate castellano
Á Martín el de la aceña
Con arreos de soldado.

EL DOS DE MAYO

LOA

PERSONAJES

ESPAÑA.—FRANCIA.—EL GENIO DE LA GUERRA.—EL GENIO DE LA GLORIA.—LA FAMA.—GENIOS DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA Y CORISTAS.

ACTO ÚNICO

Decoración de selva, en cuyo fondo se descubre el templo de la Inmortalidad.

ESCENA PRIMERA

ESPAÑA

Negros crespones y luctuoso manto
Sean de hoy más mis galas y atavíos;
Brote copioso llanto de mis ojos,
Rasgue mi corazón hondo suspiro.
¿Qué ha sido de mis glorias de otros tiempos;
De mi renombre y mi poder, qué ha sido?
¿Dónde están mis famosos adalides,
Dónde mis fieros y valientes hijos?

Yo, la noble matrona que llenaba
El orbe todo con el nombre mío;
Yo, que llevé mi lábaro invencible
Por el revuelto mar desconocido,
Y el morado pendón de las Castillas
Hice acatar al musulmán y al indio;
Yo, que del claro sol la luz ardiente
De mi poder do quiera hice testigo,
Sin que los rayos de su lumbre pura
Faltaran un instante en mis dominios;
La madre de cien reyes poderosos,
La dueña de ese piélago bravío
En cuya espalda la española gente
Al mundo entero señaló el camino,
Hoy sola, sin soldados, por la culpa
De un torpe, acaso, ó de un infiel valido,
Veo gemir bajo la férrea mano
Del cruel conquistador mis pobres hijos.
Los próceres del reino vacilantes,
Mis ciudades armadas, mis castillos
De extranjero poder han sido presa
Con desleal é hipócrita artificio.
¿Qué vale que en el fondo de su pecho
El pueblo en masa dé á mi amor abrigo
Si los hombres llamados á guiarle
Ceden del Corso ante el fatal prestigio?

En vano los leales, en las aras
De mi sagrado amor, el sacrificio
De sus vidas harán; sangre preciosa
Las plantas bañará del enemigo,
Sirviendo á su crueldad de horrible cebo
Y á su sed de venganza de incentivo. *(Pausa.)*
¿Cómo el honrado menestral inerme,
El anciano achacoso, el débil niño,
La medrosa mujer, entre el espanto
De la furiosa lid y el exterminio,
Han de arrostrar serenos las legiones
Del César invencible, de ese altivo
Soldado de fortuna que á su gloria
Del mundo estrecho contempló el recinto?
Víctimas nada más puedo ofrecerle
En las que sacie el sanguinario instinto
El feroz mameluco, y el polaco,
De su patria infeliz dando al olvido
La desgraciada suerte, el hierro esgrima
Á que marcó el honor mejor destino.
Cual tigres carniceros en las masas
De ese pueblo á la lid desprevenido
Se cebarán con iracundo encono,
Envidiosos tal vez de su heroísmo.
Á sus golpes de muerte destrozados
Caerán mis defensores, del martirio

Consiguiendo la palma, y el tirano,
Seguro ya de su falaz designio,
«Conquista» gritará; y la que un día
Límites no fijó á su poderío,
Respetada señora de dos mundos,
Verá morir su nombre en el olvido,
Pobre provincia del extenso imperio
Que alrededor del Sena halla principio.
¡Horrible porvenir!

ESCENA II

España *y el* Genio de la Guerra

GUERRA

Noble matrona,
¿Por qué del llanto el enojoso velo
Cubre tus claros ojos, y abatido
El ánimo español, siempre resuelto,
De tu brioso corazón oprime
El sereno latir dentro del pecho?
¿Eres tú la que un día al mundo todo
De constancia y valor dió insigne ejemplo
Por siete siglos combatiendo ruda
El poder colosal del agareno?
¿La que, movida del impulso noble

De una alta empresa que predijo el genio
Se lanzó á los peligros pavorosos
Del ignorado mar de otro hemisferio?
¿La que mandó sus belicosos hijos,
Fiada sólo en su gigante esfuerzo,
Á domar del Perú la zona extensa
Y el ancha faz del mejicano suelo?
Y hora, postrada ante la vaga idea
De un mal futuro y de un peligro incierto,
¿Rindes, cobarde, el ánimo menguado,
Débil obrando como un sér abyecto?
Recobra tu vigor: levanta altiva
La frente orlada del laurel eterno
Que de Minerva y Marte los cuidados
Para tu noble sien entretejieron.
Al combate te apresta; y como siempre
Después de la victoria, no primero,
Contarás tus contrarios en la liza
Huyendo vivos ó en el campo muertos.

ESPAÑA

Tienes razón: al alma atribulada
Vuelve la vida tu esforzado acento,
Y alienta la esperanza de la gloria
Ante la viva luz de esos recuerdos;

Pero ¡ay! que entonces la española gente
Suave regía el poderoso cetro
De la gran Isabel, ó del preclaro
Fernando de Aragón el pensamiento
Seguro la guiaba; y hoy contempla
Abatido y sin fe mi triste pueblo
El trono de Castilla sin Monarca,
En extranjera tierra prisionero.

GUERRA

¡Cobarde reflexión! ¿Dudas acaso
Que abriguen hoy los castellanos pechos
El valor proverbial que en sus anales
Consignara la Historia en todos tiempos?
Si una villana acción su Rey les quita,
Brío le sobra al español denuedo
Para ir á recobrarle con sus armas
Al corazón del fementido imperio.

ESPAÑA

Pero ¿quién de esa empresa formidable
En el difícil, colosal empeño
Mis fuerzas guiará? Dame un caudillo
Del alta prez y soberano aliento

De Gonzalo de Córdoba, ó en la grave
Misión difícil de áulico Consejo
Un hombre de las dotes eminentes
Del que, nacido bajo humilde techo,
Gigante dominó la excelsa cumbre
É hizo inmortal el nombre de Cisneros.
Entre tanto, ¿qué hacer?

GUERRA

Confiar segura
Tu defensa en las manos de tu pueblo.
Si un caudillo te falta, cien caudillos
Hará nacer Castilla de su seno,
Que el pueblo que se nutre de virtudes
Á sí mismo se basta en todo extremo.

ESPAÑA

¿Y he de exponer tranquila á los azares
De una lid desigual, de un hado adverso,
Contra aguerrido y fuerte veterano
Pacífico y bisoño lugareño?
¿Lucharé temeraria por mí sola
Contra el poder terrible y gigantesco
Que avasalla hoy á Europa y del Egipto

En breves días convirtióse en dueño?
¿Cómo arrostrar al hombre afortunado,
De virtud y maldad raro portento,
De quien tú mismo, el Genio de la Guerra,
Has hecho tu caudillo predilecto?

GUERRA

Lo fué en verdad: mi espíritu potente
En su alma varonil el sacro fuego
De la lid inflamó; de los combates
Mi defensa también le sacó ileso,
Y dí á su nombre, tras gloriosos días,
De Austerlitz y de Sena los trofeos.
Pero nunca mi voz llevó á su oído
De vil p rfidia fementidos ecos,
Ni aconsejarle pudo las traiciones
Que denigran la fama de un guerrero.

ESPAÑA

Como ardid de la guerra califican
Su falaz proceder.

GUERRA

¡Falso supuesto!
La guerra es noble, en sus recursos digna,

Y son leales sus sangrientos hechos.
Si la velada diplomacia astuta
Las artes del engaño pone en juego,
Las armas de la guerra son tan sólo
El hueco bronce y el templado acero.
En las lides leales la victoria
Pone fin al estrago; y en el templo
De la Fama inmortal no dan entrada
Al soldado feroz ni los excesos
De iracunda venganza, ni los frutos
De bajo ardid ó codicioso cebo.
Ciego por su ambición, con torpe amaño
Los ojos puso en el hispano suelo
Y, olvidado del lustre de su fama,
Al dolo y la traición ha dado empleo.
Desde el trono elevado de sus triunfos
Tu pequeñez actual vió con desprecio,
Y, desdeñoso de luchar contigo,
El proceder más vil encontró bueno.
Esquivando la guerra, con astucia
Te hizo sentir de su poder el peso,
Porque al temor que inspiran sus legiones
La frente humille el valeroso ibero.

ESPAÑA

No lo conseguirá. Mal ha medido
Del hispano león el noble esfuerzo
Si pudo creer que por alardes vanos
Cabida dé su corazón al miedo.
Siempre leal el pueblo de Castilla
Jamás dió abrigo al suspicaz recelo;
Pero al sentir el golpe de un ultraje,
Su pecho ruge vengativo y fiero.
En vano son, para domar su brío,
Seguros lazos ni pesados hierros:
Quien mancilla su honor, su honor le vuelve
Entre pedazos de la vida ileso.
Antes que sucumbir al torpe dolo,
De que villanamente ha sido objeto,
La muerte arrostrará mi pueblo bravo
Con frente altiva y corazón sereno.

GUERRA

Te reconozco así: de tu hidalguía
Es más propio ese bélico ardimiento
Que el indigno temor que pudo apenas
Breves instantes ocupar tu pecho.

En la arena sangrienta del combate
Siempre es de España distinguido el puesto,
Y una vez más también de la victoria
Coronará el laurel tu noble intento.

ESPAÑA

No sé lo que será: tal vez del triunfo
Suerte enemiga me arrebate el premio;
Pero luchando por mi honor herido
La venganza tan sólo es mi deseo.
Tinta la espada de enemiga sangre,
Honra tiene también el vencimiento,
Y es la muerte mejor en la batalla
Que la vida sin honra para un pueblo.

ESCENA III

Dichos y el Genio de la Gloria

GLORIA

No es ese tu destino, noble España:
De tus hechos preclaros está lleno
El libro de la historia; en las edades
El brillo de tu nombre será eterno,

Y nuevo lauro en la gigante empresa
Que vas á acometer yo te prometo.
Los dones de mi mano sólo premian
De virtud y valor dignos modelos:
La memoria podrá á la edad futura
La noticia llevar de otros sucesos:
De la gloria la luz sólo refleja
De inmaculado honor en limpio espejo.

ESPAÑA

¡Nobles palabras que en mi sér difunden
Poderoso vigor! Crece mi aliento
Al escucharte, ¡oh Genio de la Gloria!
Y en la sangrienta lid á que me apresto
Digna de tí seré.

GLORIA

Sí: como siempre,
Fuerte en la lucha contemplarte espero,
Generosa después. Pero ya llega
Á mis oídos imponente el eco
De la profunda agitación que á Mantua
Generosa conmueve, cual siniestro
Sordo rumor de procelosos mares

La tempestad anuncia; ya el momento
De la esperada lucha está cercano,
Y es preciso lidiar.

ESPAÑA

Á mi deseo
Tardo parece ya del tiempo activo
El transcurso veloz. Mi honor defiendo
En el lance extremado á que me arrojo;
Y al combatir por él tan sólo quiero
Neutrales los poderes sobrehumanos
Y tener al Valor por juez supremo. *(Vase.)*

ESCENA IV

EL GENIO DE LA GUERRA *y* EL DE LA GLORIA

GUERRA

¡Noble altivez! De la victoria es prenda
El hondo sentimiento que la agita,
Y han de temblar las huestes imperiales
Ante el inerme pueblo de Castilla.
Del dormido león sonará en breve
El rugido tremendo; y si tranquila

Mira Francia á la fiera reposada,
Espanto le ha de dar embravecida.

GLORIA

Sí: del fulgente sol, que las proezas
En el mundo alumbró del nuevo Atila,
Escribiendo su nombre formidable
De los Alpes nevados en la cima,
Del Asia ardiente en la tostada arena,
El congelado Volga, y la campiña
De la feraz Italia, palidece
El rayo deslumbrante ante la viva
Gloriosa luz que en torno se levanta
De la honrada nación escarnecida.

GUERRA

Ya del combate horrísono el estruendo
Puebla del aire la región vacía:
Á presenciar corramos de qué parte
Su fuerte brazo la victoria inclina;
Aunque imparcial la historia en sus anales
De España y Francia la memoria inscriba,
De la débil nación por su heroísmo,
De la imperial nación por su mancilla. *(Vanse.)*

ESCENA V

ESPAÑA

¡Ah, terrible ansiedad! El eco tardo,
Que á mis oídos trae de la pelea
El fragor estridente, de mi sangre
El curso para en las tendidas venas.
Del hueco bronce el estampido infando
La vida cara de cien héroes cuesta,
Y en mis entrañas de amorosa madre
Con golpe fiero sin cesar resuena.
¡Ah, quién pudiera leer de lo futuro
En el profundo arcano! ¡Quién pudiera
El curso tardo de las lentas horas
Hacer tan breve como va la idea!
Ante el temor cruel de ser vencida
Desfallecer me siento... ¿Quién se acerca?
¡Francia!... A su solo abominable aspecto
Renacen mi valor y mi fiereza.

ESCENA VI

ESPAÑA *y* FRANCIA

FRANCIA

¿Cómo tranquila en la callada selva
Vaga indolente la marcial matrona
Cuando sus hijos con demente furia
La enseña vil de rebelión tremolan?
Es que mostrar en su conducta quiere
Cuerda protesta contra acción tan loca,
Ó es que presiente que á la indigna falta
La pena ha de seguir severa y pronta.
¡Callas, á tu pesar!

ESPAÑA

Callo tan sólo
Porque la indignación sella mi boca.
¿Quién sino tú, perdidos los instintos
Del noble obrar y la preciada honra,
De un pueblo á quien se ataca, el alzamiento,
Torpe, apellida rebelión traidora?
¿O cree tu orgullo que á tu solo nombre,

En tierra la rodilla temblorosa,
Debe humillar la levantada frente
La noble raza que en Castilla mora?

FRANCIA

Yo haré sentir á ese insolente pueblo
De mi poder la pesadumbre toda,
Y en mi carro triunfal será trofeo
En mil pedazos su bandera rota.
El insulto que ayer, con vil escarnio,
Procaz hiciera á mi guerrera pompa,
Silbadas mis legiones en las calles
Del pueblo hidalgo por la plebe hedionda,
Con sangre lavaré: de mí no espere
El vencido tropel misericordia.

ESPAÑA

Ni la espera, ni nunca prosternada
El perdón demandó gente española:
«Ó vencer ó morir» es su divisa,
Y nunca tuvo en las batallas otra.

FRANCIA

Del águila imperial el fuerte empuje
Pronto verá que su soberbia doma,
Y no el triunfo, la muerte será el premio
De su villano proceder.

ESPAÑA

Reporta
De tu insensato orgullo los impulsos.
Si España supo de la invicta Roma
Al águila caudal cortar el vuelo
En la insigne Numancia generosa,
¿Qué no hará con el aguila francesa,
De aquel poder gigante mera sombra?
Si vencida quizá, mas no domada,
Al poder musulmán, en Covadonga
Su bravura mostró, y entre sus brazos
Al tigre fiero del desierto ahoga...
Para guardar su cara independencia,
La irrupción de tus huestes ¿qué le importa?
Contra tí se alzarán en cruda guerra,
Sediento el pecho de venganza honrosa,
Las varias gentes y diversos pueblos

Que del nombre español hacen su gloria.
Los que habitan las fértiles llanuras
Que el Turia baña; los que el puro aroma
Del verjel andaluz suave respiran;
Los que alientan en medio las fragosas
Altas montañas y desnudas sierras;
Los que asientan al margen de las ondas
Del Ebro raudo y del Pisuerga quieto;
Los que, indomables, desde edad remota
Libres habitan la áspera Cantabria,
Y con sereno corazón reposan
Al ronco son del mar embravecido
Que bate fiero sus bravías costas,
Todos contra tí irán.

FRANCIA

Y todos juntos
A mis pies postraré. ¿Qué son las hordas
De amontonada gente, sin concierto
Y aun dudoso valor, que vana nombras,
Contra las fuertes filas ya probadas
De mis valientes y aguerridas tropas?
Los que á su sien ciñeron los laureles
De cien campañas; los que ya famosas
Hicieron sus proezas, con espanto

Del Asia inculta y la poblada Europa,
Y han ganado el renombre de invencibles,
De ejércitos sin fin con la derrota,
Tus alardes de fuerza y tus soldados
Verán tan sólo con desprecio y mofa.

ESPAÑA

Con miedo los verán si por acaso
De frente á frente contemplarlos osan.
¿En dónde tus guerreros invencibles,
Pasadas las fronteras españolas,
Señales dieron de valor, ni menos
De noble proceder? ¿Fué en la insidiosa,
Mezquina trama, que en sus manos puso
De la leal, valiente Barcelona
La fuerte ciudadela, y el castillo
De Montjuich formidable? ¿Ó en la toma,
Con ridículo alarde, de Figueras?
¿O con la indigna farsa, vergonzosa
Al honor militar, con que se hicieron
Dueños de los baluartes de Pamplona?
¡Altas proezas, con las que es preciso
Manchar los labios para hacer su historia!

FRANCIA

Detén la torpe lengua que así ultraja
Una conducta noble y generosa.
Seguras de su fuerza irresistible,
Mis legiones, del mundo vencedoras,
Evitar á tus pueblos han querido
De la guerra el horror. Débil y sola,
Compasión me inspiraste, y, conociendo
Tu ciego orgullo, quise previsora
Destruir de una vez los cortos medios
Que dan motivo á tu confianza loca.
Desarmada estás ya.

ESPAÑA

Mas no vencida;
Que el soldado español jamás se apoya
En fuertes muros sólo, ni cobarde
Defensa busca en la acerada cota.
Desnudo el pecho fuerte, de tus armas
Verás mi pueblo cómo el choque arrostra,
Y huirán ante su aspecto tus legiones
Como huye ante la luz la obscura sombra.
Tal fué más de una vez.

FRANCIA

Nunca la frente
Del soldado francés manchó la nota
De una cobarde acción: de su heroísmo
Testigos tiene en apartadas zonas,
Y en vano contra él se han visto unidas
Del mundo culto las naciones todas.
Ni á ejércitos ni á pueblos les fué dado
Su poder resistir.

ESPAÑA

Débil memoria
Tu orgullo, siempre desmedido y loco,
Guarda de tus desastres; que si próspera
Sonrió la fortuna á tus banderas
En Africa, en el Asia y en Europa,
Con España al luchar jamás del triunfo
Brilló en tu sien la espléndida aureola.
En campo abierto y en leal combate,
Mis tercios renombrados la corona
De tus guerreros triunfos de tu frente
Arrancaron deshecha hoja por hoja.
Testigo Italia de sus mil proezas,

Aún con respeto mis soldados nombra
Y vivos se conservan los recuerdos
De San Quintín, Pavía y Cerinola.
Un Rey de Francia, á mi valor rendido,
Preso en Madrid su humillación devora;
Tu invicto Carlomagno en Roncesvalles
También halló el sepulcro de su gloria.
Así el pasado mi poder demuestra,
Y el porvenir me guarda, entre las sombras
De su obscuro horizonte, nuevos lauros
Que ceñir á mi sien.

FRANCIA

En vano invocas
Recuerdos de unos tiempos que ya fueron
Para nunca volver. Hoy poderosa
Mi voluntad es ley, y ante mis plantas
El orbe mudo de terror se postra.
Duro castigo domará tu orgullo,
Ya que imprudente mi furor provocas,
Y la sangrienta ley de la conquista
Tus pueblos sufrirán.

ESPAÑA

¿Qué les importa
De la fuerza el rigor tras el ultraje?
Grandes siempre serán: lo son ahora
Con intentar la lucha; y en el libro,
Que fiel conserva la severa historia,
Dos páginas leerá la edad futura:
Una en mi pro, de merecida honra;
Mientra, imparcial juzgando los sucesos,
Para tí sólo guardará la otra
Un padrón de vergüenza, si vencida,
Uno de deshonor, si victoriosa.

ESCENA VII

Dichas. El GENIO DE LA GUERRA *y* EL DE LA GLORIA

GUERRA

¡Gloria y honor á España! El pueblo ibero,
Que noble alienta el sentimiento honroso
De patria y libertad, postradas deja
Las huestes invencibles que de hinojos
El mundo contempló de espanto lleno.

¡Gloria y honor! Con caracteres de oro
La insigne hazaña escribirá la historia,
Y de España el renombre victorioso
Repetirán los ecos del espacio
De un mar al otro mar, de polo á polo.
Ya portadora de la fausta nueva
Llega la Fama aquí; su poderoso,
Mágico acento de la lid sangrienta
Referirá los tristes episodios,
La prez ganada y los ilustres nombres,
De hoy más del mundo admiración y asombro.
Hela aquí ya.

FRANCIA

De mi baldón la afrenta
Corramos á ocultar y mi sonrojo. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Dichos. LA FAMA, *seguida de varios genios, aparece en el fondo del proscenio, desde donde dice los cuatro primeros versos, y los cuatro siguientes bajando á la escena.*

FAMA

¡Plaza á la mensajera! El pecho late
De entusiasmo febril; arde la mente

Al fuego inspirador que en las proezas
De un pueblo bravo y sin igual se enciende.
Día de gloria si de horrores lleno,
El «Dos de Mayo» página indeleble
De honrosa estima formará en la historia,
Pasmo tal vez de las futuras gentes.
Apenas de la luz que anuncia el día
Suave el fulgor las sombras desvanece,
El pueblo de Madrid cerca agitado
El augusto Palacio de sus Reyes.
En él su amor y lealtad custodian,
Á sus antiguas tradiciones fieles,
Dos vástagos no más de estirpe regia,
Que intenta arrebatarle mano aleve.
Sordo rumor se escapa de mil pechos
Que en vano cautos su furor contienen,
Y de angustia á la par que de ira fiera
Los varoniles rostros palidecen.
De pronto, con acento desolado,
De una anciana la voz los aires hiende:
Que «*nos los llevan*» grita; y, rota entonces
Del forzado silencio la impaciente
Quietud, del entusiasmo poderosa
Los ámbitos llenó la voz solemne.
Lanzóse el pueblo con brioso empuje,
Tras el fuerte varón el niño débil,

Á rescatar las prendas que idolatra,
Al grito santo de su amor ferviente.
¡Viva España y Fernando! repetían
Los ecos tardos por el aire leve,
Pobre expresión del hondo sentimiento
Que los pechos anima: de repente
Del cañón retumbando el ronco trueno
Los agitados ánimos suspende;
Cruza el plomo mortífero los aires
Y el polvo frío cien varones muerden.
De indignación el grito y de venganza
Enérgico contesta al golpe aleve
Del armado francés; y como estalla
De la apretada mina el seno ingente
Y, roto el valladar que la aprisiona,
Al ancha esfera su furor extiende,
Así, diseminados por las calles
Que dan salida á aquel recinto breve,
«Guerra» proclaman de Madrid los hijos,
Sangre brotando su pupila ardiente.
En lucha desigual, contra el sicario
Sereno avanza el ciudadano inerme,
Por broquel de su vida el pecho duro,
Por arma matadora el brazo fuerte.
Do quiera ve un francés, allí se arroja
Tras su enemigo el español valiente,

De vencer ó morir ya descuidado,
Que vengar la traición sólo apetece.
Cada esquina para él es un baluarte,
Armas le presta el enemigo inerte,
Ó del corto puñal tan sólo armado
La lanza arrostra del feroz jinete.
Ve el francés imposible la victoria
Brazo á brazo luchando y frente á frente,
Y encomienda cobarde á sus cañones
Salvarle la honra, que su infamia pierde.
Impávido la lid prosigue el pueblo,
Y á sostener su espíritu aparece
El insigne Velarde, que en tal hora
Con corona inmortal ciñó sus sienes.
Ceñudo el rostro, la mirada fiera
Brotando la ira que en su pecho hierve,
Cruza agitado las sangrientas calles,
Del noble pueblo desigual palenque.
Nuevo vigor inspira en la pelea
El grave acento de su voz potente,
Y aclamándole el pueblo entusiasmado
Las huellas sigue de su ilustre jefe.
Al Parque se dirige presuroso:
Su entusiasmo patriótico conmueve
Al ínclito Daoiz, y, si vencidos,
Abrir su tumba con honor se ofrecen.

Lanza el francés con formidable empeño
Al fiero asalto sus guerreras huestes,
Y deshechas sus filas y humilladas
Al débil muro las espaldas vuelven.
Con el vivo carmín de la vergüenza
El rostro del soldado se enrojece
Al ceder ante impúberos mancebos,
Decrépitos ancianos y mujeres.
Tres veces más renueva sus intentos;
Diezmadas las legiones retroceden,
Y el águila imperial el rostro oculta
De su bandera en los revueltos pliegues.
Dominado el francés, en su ira loca
Á la traición innoble se guarece:
Un blanco paño agítase en los aires,
Que hace que el fuego de la lidia cese.
Avanza un parlamento, y á su sombra
Cobarde y desleal, de mano aleve
Al golpe inesperado, no vencidos,
Daoiz sucumbe allí, Velarde muere.
Mártires de su fe, de honor dechados,
De gloria inmarcesible los laureles
Coronarán su tumba, y nueva vida
El libro de la historia les previene.
Símbolo de este día, al templo augusto
De la Inmortalidad juntos ascienden.

Vedlos allí: modelo de virtudes
La senda muestran que seguirse debe.
Himnos de gloria por do quier se escuchen
En justo honor de España y de sus héroes.

(Oportunamente aparecerán en el templo de la Inmortalidad los bustos de Daoiz y Velarde, sostenidos por la diosa. El teatro se iluminará con fuegos de bengala mientras se canta el himno.)

HIMNO

Tejed coronas de verde encina
Entrelazada con el laurel;
De la perenne gloria del héroe,
De su victoria símbolo fiel.

Los hechos singulares, que en páginas de oro
La historia nos transmite desde una en otra edad,
En su grandeza guardan, cual próvido tesoro,
La esencia poderosa de la divinidad.
Tejed coronas, etc.

A tan sublime influjo, con ánimo exaltado,
La mente se enardece y el corazón va en pos,

Y el alma reverencia al héroe consagrado
Como hijo predilecto del sempiterno Dios.
Tejed coronas, etc.

Los vívidos laureles, que con su luz radiante
La sien preclara ciñen de la nación del Cid,
Nuevo vigor ostentan al resplandor brillante
Que da del «Dos de Mayo» la pavorosa lid.
Tejed coronas, etc.

Que su reflejo inunde del Tajo hasta el Pirene
El corazón del pueblo, cual présago feliz,
Y sea el grito santo que los espacios llene
¡Viva España y Velarde! ¡Viva España y Daoiz!
Tejed coronas, etc.

TRADUCCIONES Y PARAFRASIS

(DE VÍCTOR HUGO)

LA CIUDAD TOMADA POR ASALTO

Fuego, fuego, sangre y ruina.
(CORTE REAL, *El Cerco de Diu*.)

Arde á tu voz ¡oh Rey! la llama activa,
Y cuanto alumbra en su furor devora;
De tu pueblo los gritos estridentes
Su restallar aterrador sofoca;
Y enrojeciendo á su fulgor los techos,
Cual denso tinte de polar aurora,
En su vuelo parece complacida
Que en los restos ignívomos retoza.

Como un gigante el homicidio cruento
Sus brazos mil en la matanza agota;
En sepulcros horribles por las llamas
Los palacios altivos se transforman;
Padres, esposas y maridos, todos
Del hierro el filo sin piedad destroza;
En torno á la ciudad con roncos gritos
Los agoreros cuervos se convocan.

Han temblado las madres; las doncellas
Han llorado, oh Califa, por su honra,
De sus preciados juveniles días
Al ver marchita la virgínea rosa;
Y, arrastradas por rápidos corceles,
Lejos han visto de la tienda angosta
Sus cuerpos palpitantes, magullados
Por duros golpes y lascivas bocas.

En un vasto sudario envuelta mira,
Poderoso Señor, la ciudad toda:
Por donde pasa tu potente brazo
Cuanto tropieza con su choque dobla.
¡Al filo de la espada ha sucumbido
El Sacerdote en oración piadosa,
Lanzando al suelo por escudo inútil
El libro santo de benditas hojas!

Los niños pequeñuelos, destrozados
Al golpe rudo de pesada losa,
También han perecido, y aun su sangre
Destila el hierro en abundantes gotas...
Tu pueblo humilde ¡oh Rey! el polvo besa
Que mueven las babuchas primorosas
Que á tu gloriosa planta ciñe rico
Un arco de oro cual brillante brocha.

LÁZARA

Y esta mujer era muy hermosa.
(*Libro de los Reyes*, cap. XI, v. 2.°)

¡Cual corre! vedla: por los senderos
De espeso polvo, por las praderas
De verde alfombra, llenas de matas
Del campesino fresco rosal;

Entre las mieses, cuyos linderos
Ciñen gallardas adormideras,
Por las perdidas sendas ingratas,
Por el trillado camino igual.

Del monte abrupto por la aspereza,
Del bosque denso sobre la grama,
Por las llanuras de extenso suelo,
Mirad la niña feliz correr

En la cabeza puesto el cestillo,
Lleno de flores y de retama,
Alegre el paso como su anhelo,
Vivaz la vemos aparecer.

Alta y esbelta, cuando los brazos
Graciosa enarca sobre su frente,
Y airosos forma fingidos lazos
Que hace más bellos la nívea tez,

De antiguo templo ya decadente,
Que sus tesoros vela entre ruínas,
La ánfora de asas alabastrinas
Se cree á lo lejos llegar á ver.

Risueña y joven, alegre canta,
Y, el pie desnudo, del lago á orillas
El verde insecto sigue y espanta
De mata en mata loca al través.

Recoge el traje por las rodillas,
Cruza el arroyo, va, corre, vuela,
Y hasta las aves, que el verla encela,
Dieran las alas por su ágil pie.

Cuando en la tarde, que ya declina,
Para la danza se une la gente,
Mientras se escucha balar el hato
Que torna dócil hacia el redil,

No busca adornos su faz divina:
Llega, y la rosa que orna su frente
Sin más estudio que el gusto innato
Parece á todos la más gentil.

Omer el anciano, que allá en Negróponto
Ostenta las colas de altivo Bajá,
Su enorme fortuna por ella de pronto
Hubiese sin duda propuesto cambiar.

Sus naves de triple mortal batería,
Los ricos arneses de tanto bridón,
Los bronces fulmíneos de su artillería,
De inmensos rebaños el blanco vellón;

El rojo turbante de seda cruzada,
Sus largas pistolas, su enorme arcabuz,
Sus trajes de rica materia bordada
Que arrojan de piedras preciosas la luz;

Los puños de plata que ruda su mano
Con áspero roce fornida gastó;
El fúlgido alfanje, de empleo inhumano,
Labor damascena que nadie igualó;

El don más preciado del rico tesoro:
La piel matizada del tigre real,
Do cuelga la aljaba de nácar y de oro,
Poblada de flechas mogoles sin par.

Hubiera la rica gualdrapa cedido,
Los anchos estribos donado también,
Y todo el tesoro que guarda escondido,
Y al fiel Tesorero cedido con él.

Hubiera entregado sus cien concubinas,
Sus perros que lucen dorado collar,
Y sus Albaneses, con sus carabinas,
Tostados al fuego del sol tropical.

Y dado sus Francos hubiera, y unidos
La gente judáica y el docto Rabí;
Sus kioskos de verde, de rojo vestidos,
Que adorna pintado precioso tapiz;

Sus salas de baño de rico mosáico,
La torre murada de esbelta altitud,
La casa de Estío, que el mar arenáico
Retrata en sus aguas de límpido azul...

¡Hubiera dado todo! hasta el caballo overo
Que en el Serrallo guarda como el de más valor,
Y el freno de oro y plata, que tasca el corcel fiero
Cuando el pretal blanquea con férvido sudor.

¡Y aun la Española aquélla, la de beldad fogosa,
Que como don preciado le enviara el Dey de Argel,
Que los bordados pliegues de su basquiña airosa
Recoge cuando baila en el lascivo harem!...

Y no es belleza tanta de algún Bajá presea:
Un Klephta de ojos negros por sí la cautivó,
Sin dones, que por cambio no caben en su idea,
Pues la total pobreza es su exclusivo don.

El Klephta audaz posee, por única riqueza,
Un buen fusil que el humo pavona al disparar,
La fuente surtidora, del cielo la grandeza,
Y sobre la montaña su cara libertad.

EL DERVICHE

Cuando en el cielo escrita
La pérdida fatal de un hombre se halla,
Por más que haga no evita
La malhadada suerte:
Tras él tenaz do quiera va la muerte;
En su incansable acecho
Le sorprende en el lecho;
Bebe su sangre con sediento labio,
Complacida le mata,
Y sobre sus espaldas le arrebata.

(Pagano Soutzo.)

Pasaba un día Alí: ante su aspecto
Se doblegaban las altivas frentes.
—¡Alláh!—exclamaba prosternado el pueblo,
Abatido á los pies de sus corceles.

Un derviche de pronto, quebrantado
Por la rugosa edad, hendió la turba,
Sujetó por las riendas al caballo,
Y estas palabras dirigióle rudas:

«Alí-Tepelení, luz de las luces,
Tú cuyo nombre cada día crece,
Que del alto diván en las azules
Primeras gradas hoy tu asiento tienes,

»Oye, Visir de innúmeros guerreros,
Sombra del Padischah, que de Dios mismo
Es la sombra sin par: ¡tú eres un perro,
Un réprobo tan sólo maldecido!

»Sin que tú lo sospeches, de una tumba
La triste luz tus pasos ilumina;
Cual de un vaso colmado cae tu furia
Sobre toda tu grey estremecida.

»Como la hoz cortante entre la yerba
Brillas sobre las frentes de tu pueblo;
De su sangre y sus huesos con la mezcla
Estucas tus alcázares soberbios.

»Pero se acerca tu hora. ¡Es necesario
Que en Janina infeliz, que el hado postra,
Bajo la huella de tu torpe paso
La tierra quebrantada abra tu fosa!

»¡En las tinieblas del Segjin maldito
Dios guarda para tí dogal de hierro,
Bajo el árbol que agobia el peso impío
De almas impuras en aquel infierno!

»¡Desnuda, sin disfraz verásè tu alma!
¡En el libro fatal de tus delitos
Por un demonio te serán con rabia
Los nombres de tus víctimas leídos!

»¡En la sangre teñidos que vertieron
Verás en tu redor esos fantasmas
Más numerosos que los gritos secos
Que el miedo ha de arrancar á tu garganta!

»Así sucederá, sin que en la aviesa
Fortuna que en tí pruebe sus rigores,
Ni de tu flota ni castillos puedan
Auxiliarte los remos ni cañones.

»¡Aun cuando Alí Bajá, como el Judío,
Al ángel negro por burlar, que inmoble
Tras el mundo le espera de los vivos,
Cambiase imbécil al morir su nombre!»

Bajo el ancho alquicel Alí llevaba
El trabuco cargado hasta la boca,
La gumía y la corva cimitarra,
Y al cinto atravesadas tres pistolas:

Al derviche escuchó cuanto le dijo,
Su frente pensativa inclinó un tanto,
Y el alquicel, de su hombro desprendido,
Con afable sonrisa dió al anciano.

FANTASMAS

> Luenga es su noche, y cerrados
> Están tus ojos pesados.
> ¡Idos, idos en paz, vientos alados!

I

¡Ay de mí! ¡Cuántas bellas
Y jóvenes doncellas
Pasar he visto en brazos de la muerte!
Tal del destino la implacable suerte.
En la acción de los mundos incesante,
Como es testigo de naciente vida,
Testigo es de la muerte cada instante.
Triste, mas necesario
Es de este mundo al movimiento vario
Que caiga, al golpe de la hoz herida,
La fresca yerba de los prados gala;
Y que al pasar las tandas voluptuosas,
De raudo baile en la febril cadencia,

Sin duelo huellen matizadas rosas,
Cuyo capullo exhala
Del casto cáliz la fragante esencia.

Preciso es que el arroyo transparente
Sus aguas gaste recorriendo el valle;
Que brille entre las nubes refulgente
Relámpago fugaz, y el trueno estalle;
Y que Abril nebuloso,
De sus escarchas al contacto frío,
Queme y marchite aleve
El risueño y espléndido atavío
Del árbol abundoso
En la cándida flor que el fruto espera,
Odorífera nieve
De suave primavera.

Tal es la vida, sí: la noche inerte
Sigue al día de espléndidos fulgores,
Y del sueño mortal á los dolores
Terrible el despertar de ignota suerte.
¡Con cuánta avidez llega
La muchedumbre ciega
Al fastuoso banquete de la vida,
En sus placeres con afán perdida,
Y cuántos, obligados

Por la suerte funesta,
Abandonan los puestos codiciados
Sin que termine la brillante fiesta!

II

¡Ay! ¡Cuántas de esas bellas
Pasar he visto en brazos de la muerte!
Galana flor entre ellas,
Ostentaba la una encantadora
Las tintas de la rosa y la azucena;
Otra al par, soñadora,
De dulce arrobo la mirada llena,
Escuchar parecía
De los coros celestes la armonía;
Débil la otra, en la cansada mano
La blanca frente inclina,
Que así como la leve golondrina
Al empuje liviano
Con que se lanza á la extensión del cielo
Dobla la rama que ocupó un instante,
Dobló el alma su cuerpo vacilante
Al remontar el vuelo.

Pálida, incoherente,
Triste presa de negro desvarío,
Otra mujer con labio balbuciente
Un nombre pronunciaba en su extravío,
Del que nadie guardara la memoria.
La túnica mortuoria
Otra ceñía al entregar su aliento
En un vagido lento,
Como la nota espira
En las cuerdas vibrantes de la lira;
Ajena al mortal duelo,
Con la dulce sonrisa otra espiraba
De un ángel puro que se vuelve al cielo.

¡Ay! ¡delicadas flores
Tan pronto muertas como al sol nacidas!
¡Alciones amorosas, absorbidas
Del mar por los furores,
Con el flotante nido arrebatadas!
¡Blancas palomas, como don del cielo
Concedidas al suelo,
Que, de amor coronadas
Y de infantiles gracias hechiceras,
Contaban de su vida las jornadas
Por dulces primaveras!

¡Muertas, oh Dios! ¡Bajo la fría losa
Sus cuerpos corroyéndose tendidos!
¡Tantos seres un día encantadores,
Sin luz ya la mirada cariñosa,
La voz ya sin sonidos!
¡Tantas preciadas flores
Arrancadas del tallo regalado!
¡Muertos ya tantos fúlgidos luceros!...
¡Oh! ¡Dejadme pisar las secas hojas,
Y en el fondo del bosque enmarañado
Divagar por los ásperos senderos!

¡Dulces fantasmas! En el bosque umbrío,
Cuando sumida en triste desvarío
Loca se agita el alma,
Uno tras de otro vienen presurosos
A escucharme y hablarme cariñosos
De la espesura en la solemne calma.
Su presencia descubre, al par que vela
Su número á mi vista codiciosa,
La claridad dudosa
Que entre el ramaje tenue se desliza,
Y con dulces fulgores,
Tras la densa hojarasca movediza,
Brillar veo sus ojos seductores.

Es mi alma delirante
Querida hermana de esas sombras bellas.
La vida ni la muerte, en tal instante,
Tienen ley que nos haga obedecellas.
Ya presto ayuda á su ligera planta
Si descienden al suelo,
O en pos de su visión, que el alma encanta,
Sus alas tomo y me remonto al cielo.
Inefable deliquio, en cuyos brazos,
Unidos todos por iguales lazos,
Muerto aparezco yo cual las doncellas,
O vivas como yo se encuentran ellas.

Todos mis pensamientos
Toman forma en su imagen hechicera.
¡Siempre las veo, sí! De sus acentos
El eco blando escucho por doquiera.
—«¡Ven!»—me dicen. Después entrelazadas
Girar las veo de un sepulcro en torno,
Y á poco entre las nubes elevadas
Desvanecerse débil su contorno.
Sueña entonces mi ardiente fantasía,
Y evoca de las cosas ya pasadas
Dulces recuerdos la memoria mía...

III

Una entre todas... ¡ay, ángel del cielo!
¡Una niña española!
De blancas manos; de inocente anhelo
Henchido el corazón; negra pupila
En que dulce titila
De la criolla la mirada ardiente;
Con ese vago encanto y fresca aureola
Que ilumina y corona por sí sola
Á los quince años la virgínea frente.

No la mató el amor; que para ella
Tal afán no tenía
Placeres ni combates todavía;
Nada de amor en la febril querella
Su libre corazón latir hacía;
Y si al verla decía
Todo el mundo «¡Qué bella!»
Ninguno, ni por loco ni atrevido,
Se lo dijo al oído.

Amaba el baile y la mató su antojo.
Aún su mortal despojo
Se estremece en la fosa conmovido,
Cuando en noche de plácida bonanza
Del aura leve en el tranquilo vuelo
Blanca nube se lanza,
Imitando los giros de la danza,
Ante el nocturno luminar del cielo.

¡Amaba con exceso
El baile seductor! Si se acercaba
Alguna fiesta nueva, en su embeleso
Tres días antes con su afán vivía,
Tres noches antes su placer soñaba.
Y músicos, mujeres, bailarines
De incansable porfía,
Excitando su joven fantasía
En la noche callada,
Giraban con alegre algarabía
En torno de su almohada.

Después... dijes, collares, maravillas:
Cinturones de seda, en cuyas aguas
Viva la luz refleja;
Tejidos más ligeros que sencillas
Son las débiles alas de la abeja;

Bellas guirnaldas; cintas elegantes
Con que llenar de innúmeras cestillas
El perfumado espacio;
Flores de tal valor, que eran bastantes
Á pagar un palacio....

Con sus bellas amigas bulliciosas
Venía alegre al comenzar la fiesta,
Agitando en su mano el abanico;
Se sentaba entre el rico
Conjunto de mil galas ostentosas,
Y, al placer predispuesta,
Brotaba el corazón notas gozosas
Al compás de las notas de la orquesta.

¡Era grato contento
Mirar bailar la niña seductora!
Su basquiña agitaba al movimiento
El fleco azul que su redor decora;
Sus negros ojos de mirada pura
Brillaban bajo el tul de la mantilla
Cual doble estrella que en la noche obscura
Entre los pliegues de las nubes brilla.

¡Ay, que todo era en ella
Bailes y risas y alegría loca!

¡Pobre niña! ¡Cuán bella
Pudimos admirarla en los momentos
En que el ocio sofoca
Más altos pensamientos;
Que no del baile la influencia leda
El corazón ensancha y fertiliza:
Vuela allí la ceniza
En torno de las túnicas de seda,
Y, del placer en rededor, sombrío
El enojoso hastío!

Pero ella, arrebatada
Del raudo vals en el girar violento,
Cruzaba desalada
Sin dar al pecho el natural aliento,
Sumida sólo en la embriaguez ardiente
De la fiesta encantada,
Del brillo de las luces refulgente,
De las variadas flores aromosas,
De la expresiva música al sonido,
Al son de las pisadas cadenciosas,
De las voces al ruido.

¡Qué dicha! ¡Enajenada
Hender la multitud con raudo vuelo,
Y del baile en la atmósfera abrasada

Sentir al par con duplicado anhelo;
No saber si se gira
De leve nube en el rodar envuelta
Ó si, al herirla con el pie, retira
La tierra, huyendo en el espacio suelta,
Ó si huella con planta presurosa,
De lo imposible con la loca idea,
Fugaz onda espumosa
Que en breves giros á sus pies voltea!

Pero ¡ay! que era preciso,
Al despuntar la aurora,
Dejar el encantado paraíso,
Y esperar á la puerta en aquella hora
El abrigo del manto satinado
Que cubra el cuerpo y la ligera falda.
Entonces fría, en la desnuda espalda
Sentía la inocente bailarina
Resbalar tembloroso el soplo helado
Del aura matutina.

¡Cuán triste el baile loco
Hace el día siguiente!
¡Adiós, risa inocente,
Joyas y danza que duró tan poco!
Suceden á las plácidas canciones

De tos tenaz los desgarrados sones;
Al fresco tinte de encendida rosa,
Con que el placer matiza los semblantes,
De la fiebre ardorosa
El color amarillo;
Á los fúlgidos ojos irradiantes
Los ojos ya sin brillo.

IV

¡Murió ya para siempre! ¡Á los quince años,
Bella, feliz, querida!
De un baile á la salida
Pagó el mortal tributo,
Que nuestro corazón llenó de luto.
Del seno de una madre enajenada
La muerte con su brazo descarnado
La arrancó engalanada,
Para dormirla en el sepulcro helado.

¡Para otra nueva fiesta
Parecía dispuesta:
Con tanta rapidez, con tal premura,

Hizo presa la muerte en su hermosura!
Y la temprana rosa
Que en su frente la víspera lucía,
Y el fresco cáliz en el baile abría,
Se marchitó en la fosa.

V

Su pobre madre... ¡ay! ¡tan sin cuidado
De su suerte futura!...
¡Poner tanta ternura
En cuidar aquel tallo delicado;
Tanto tiempo velar, como un tesoro,
Su niñez enfermiza,
Y pasar tantas noches una á una
En acallar su lloro
Durmiéndola en la cuna!

Y al cabo, ¿para qué? Hora, sin vida
Yace, manjar de roedor gusano,
La niña de aquel rostro soberano
Bajo el plomo del féretro tendida.

Si de la tumba en el estrecho hueco
En que amiga la puso nuestra mano
Se hace sentir el eco
De una fiesta de muertos, cuyo ruido
Á nuevas sensaciones la despierta,
Del invierno aterido
En una noche hermosa,
Entre las losas del sepulcro yerta,

Un espectro de risa aterradora
Cuida de su tocado,
En vez de la que adora
Tierna madre en la vida del pasado,
Y la grita:—¡Ya es hora!
Y, convirtiendo en mármol con un beso
De sus labios el cárdeno tejido,
Sus largas manos de desnudo hueso
Sepulta complacido
Entre las ondas del cabello espeso.

Y luego, temblorosa,
Á la danza fatal va conducida,
En medio de la rueda vaporosa
Que gira entre las sombras confundida:
Ancha y pálida, en tanto, está la luna

Sobre el perfil del horizonte obscuro,
Y el iris de las noches, que en sí aduna
De ópalo y grana las preciadas tintas,
Con su reflejo puro
Tiñe la nube de argentadas cintas.

VI

Todas vosotras, que á su juego loco
Risueño el baile con afán convida,
Pensad siquiera un poco
En la hermosa Española ya sin vida.
Con mano complacida,
Y la alegre vehemencia
Del siempre incauto corazón del niño,
Las flores recogió de la existencia:
Belleza, juventud, placer, cariño.

De fiesta en fiesta sin cesar llevada,
De esas valiosas flores
Arreglaba confiada
Los plácidos colores;

Mas ¡qué pronto acabó la desdichada!
Como Ofelia, prendida
En brazos de las ondas espumosas,
Ella entregó la vida
Cogiendo alegre sus preciadas rosas.

LA SULTANA FAVORITA

Pérfida como el mar.
(Shakspeare.)

¿No despoblé por tí, bella Judía,
Bastante mi Serrallo, antes tan rico?
Que viva el resto sufre: ¿ó cada día
Un golpe de hacha impía
Al golpe ha de seguir de tu abanico?

Tranquilízate ya, bella señora:
Concede graçia al mísero rebaño.
Si por Sultana mi pasión te adora,
¿Á qué pedir ahora
La muerte de otras, con inútil daño?

Si tan cruel pensamiento te domina
Más tierna llegas en mi amor confiada,
Y en medio de la fiesta peregrina
La muerte se adivina
Cuando se hace más dulce tu mirada.

¡Oh, sin par entre todas las celosas!
¡Tener, tan bella, el corazón de acero!
Concede ya el perdón á mis esposas:
La sombra de las rosas
Nunca mata las flores del otero.

¿Qué importa ya á tu amor, del mío ufano,
Cuando mis brazos ciñen tu cintura,
Que cien mujeres de su afán liviano
Expresen fuera, en vano,
Con ardientes suspiros la locura?

Déjalas ya que en su dolor profundo
Envidien de tu suerte la alegría;
Pasar las deja como arroyo inmundo:
¡Para tí sola el mundo,
Mi trono de oro y la existencia mía!

El pueblo que á mi vista se estremece:
Stambul de mil torres guarnecida,
Que al borde de ese mar gentil se mece,
Y una flota parece
Sobre seguras anclas adormida.

Para tí, sin rivales, mis soldados,
Los del rojo turbante spahís guerreros,
Que vuelan en sus yeguas encorvados
Como al bogar forzados
Sobre su duro banco los remeros.

Para tí Trebisonda y Chipre amante,
De antiguos nombres por buril grabados;
Fez, en que el polvo de oro es abundante:
Mosul la traficante;
Erzexum, de caminos empedrados

Smirna para tí; su muelle erguido
Que blanquea la mar con sus rompientes
El Ganges, de las viudas tan temido
Y el Danubio partido
Que lleva en cinco brazos sus corrientes

¿Temes las hijas de la Grecia hermosas?
¿De Damanhour los pálidos semblantes?
¿Los ojos de las negras ardorosas
Que, cual tigres fogosas,
De amor rugiendo saltan anhelantes?

¿Qué me importan, Judía idolatrada,
Ni de ébano la piel, ni el alba frente?
No eres blanca, mi bien, ni eres bronceada;
Pero es tu tez dorada
Cual de la luz del sol el rayo ardiente.

No excite ya la tempestad airada
De esas humildes flores la bajeza;
Goza en paz tu conquista ambicionada:
No cueste, prenda amada,
Cada lágrima tuya una cabeza.

Piensa en las dulces sin igual bananas,
En el baño á que el ámbar da su aliento,
En el golfo que surcan las tartanas....
Del Sultán las Sultanas,
Las perlas del puñal son ornamento.

LA PENA DEL BAJÁ

Separado de todo lo que me
era querido, siento consumirse
mi existencia atribulado y solo.

(BYRON.)

—¿Qué tiene aquél que en la mezquina tierra
Es de Alá sombra pura?—
El humilde Derviche consternado
Cien veces se pregunta.—
¡Su limosna es bien pobre, y su tesoro
En riquezas abunda!
Sombrío, inmóvil y avariento, ríe
Con risa de amargura.
En manos de su padre el sable honroso
¿Se ha embotado en la suya?
¿Ó tal vez en redor de su morada
De la guerrera turba
De sus soldados viera tempestuosa
Rugir la insana furia?

¿Qué le pasa al Bajá, Visir preclaro
Hoy de las tropas turcas?—
Dicen los artilleros, encendidas
Ya las mechas sulfúreas.—
¿Los Imams perturbaron su cabeza,
Como el acero dura?
¿Tal vez del Ramadán ha quebrantado
La abstinencia absoluta?
¿Le han hecho ver en sueño congojoso,
Del ángel de las tumbas,
De Arzael sobre el puente del infierno
La imponente figura?

¿Qué tiene?—ya entre sí los necios pajes
Recelosos murmuran.—
¿Se cree que haya perdido entre las ondas
La fuerte, veloz úrea,
Que le trae los perfumes que á su rostro
Devuelven la frescura?
¿Se juzga en Stambul tal vez su gloria
Ya por antigua absurda?
¿Ó en la mañosa predicción solemne
De una gitana astuta
Creyó tal vez que del Sultán le amarga
La servidumbre muda?

¿Qué tiene el dulce dueño?—las Sultanas
También dicen confusas.—
¿De los plátanos densos á la sombra,
Por su mala fortuna,
Á sorprender llegó con su hijo propio
La odalisca perjura,
Su favorita de la tez morena
Y los labios de púrpura?
¿Vertieron en su baño por acaso
Alguna esencia impura?
¿En el saco del Tártaro sangriento,
De su venganza ayuda,
De las que espera en el Serrallo ansioso
Falta cabeza alguna?

¿Qué es lo que tiene el amo?—de los siervos
Dice la masa estúpida.—
Todos se engañan al buscar la causa
De su amarga tristura.
¡Ay! si alejado de sus bravas tropas,
En abstracción profunda,
Como un guerrero que devora airado
De una afrenta la injuria,
Encorvado al pesar cual viejo débil
Que los años abruman,

Tres días y tres noches en su frente
Sus crespas manos cruza,

No es que haya visto de su harem en torno
La revuelta iracunda
Lanzar hasta su lecho ardiente tea
Que siniestra fulgura;
Ni embotada la espada de su padre
Está en su mano ruda;
Ni el ángel Azraël le apareciera;
Ni entre las densas brumas
Del agitado sueño los Sicarios
Pasar con faz sañuda,
Armados del cordón, de muerte emblema,
Llegó á ver con pavura.

¡Ay! la sombra de Alá del recio ayuno
Cumplió con la penuria;
Es aún joven su hijo, y la Sultana
Guardada está en clausura;
Ningún bajel sufriera de su flota
Tempestad importuna;
El Tártaro en su saco conducía
La carga que acostumbra:
Perfumes y cabezas al Serrallo
No le faltan en suma.

No son tampoco los derruídos pueblos,
Las osamentas duras
De cien cuerpos humanos, que los valles
Entristecen y anublan;
Ni la Grecia incendiada, que desolan
Como presa segura
Fieros hijos de Omar; ni amargas quejas
Del huérfano y la viuda;
Ni el niño degollado ante los ojos
De madre moribunda;
Ni casta virgen que el bazar ofrece
Á la mejor fortuna;

No son tales escenas lastimosas,
Que ensangrentado alumbra
Triste rayo de luz en su conciencia,
Las que su alma atribulan.
¿Qué tiene ese Bajá, que le reclama
La belicosa lucha
Y triste y pensativo, dominado
Del pesar por la angustia,
Como una mujer llora?... Es que se ha muerto
Su tigre de la Nubia.

LA BATALLA PERDIDA

> Asciende á la alta colina,
> Y, apoyado en su venablo,
> Ve ya su ejército en fuga
> Y de su tienda el estrago,
> Pendiendo de sus soportes
> El terciopelo en pedazos.
>
> (Em. Deschamps, *Rodrigo en la batalla.*)

¿Quién ¡Alá poderoso! á quién le es dable
Devolverme rehecho el formidable
Ejército aguerrido?
¡Mis Emires, mi audaz caballería,
Cebada en la mortal carnicería;
Mi tienda, la de arábigo tejido;
Mi campo militar, de perspectiva
Soberbia y deslumbrante,
Que de la prima noche en adelante
De sus altas hogueras la luz viva
Brotar hacía del obscuro suelo,
Y en muchedumbre tal, que alguno al vellas
Pensaría que el cielo
En la tierra arrojara sus estrellas!

¿Habrá quien pueda devolverme acaso
Mis Beyes altaneros,
De dormanes de pieles y de raso?
¿Mis Timariotes fieros,
Y mis fuertes milicias revoltosas?
¿Mis veloces Spahis, de almas fogosas?
¿Y aquellos Khans valientes
Que dibujan su faz con mil colores?
¿Y mis Beduínos, de la tez morena,
Del interior de Egipto procedentes,
Que locos se reían de la pena
Que causaban á pobres labradores,
De las cosechas en los ricos meses,
Metiendo sus caballos corredores
Por las maduras mieses?

¡Ay! aquellos bridones,
Que despedían fuego por los ojos
Y los ollares rojos,
De pierna enjuta y duros corvejones,
Que entre el trigo botaban de manera
Que una banda á la vista pareciera
De zancudos saltones!
¿Y no he de ver ya más sus caballeros,
Siempre diezmados por la muerte en vano,

Salvando zanjas, al correr ligeros
La espingarda en la mano,
Lanzarse en numerosos escuadrones
Sobre los cuadros de apretada guía
Que formara pesada infantería,
Y en su fuego envolver los batallones?

Todos han muerto ya; y en la vertida
Sangre se enlodan sus mantillas anchas,
Y su redonda grupa, antes lucida,
La sangre ensucia con rojizas manchas.
¡En sus flancos inertes
Se gastarían las espuelas fuertes
Sin despertar su galopar brioso
Ni sus ligeros saltos;
Y en eterno reposo
Los dueños á su lado están tendidos,
Que á su sombra dormían guarecidos
Del mediodía en los forzosos altos!

¿Quién ¡Alá poderoso! á quién le es dable
Devolverme rehecho el formidable
Ejército aguerrido?
En los campos entero está tendido,
Como el oro de un pródigo sin duelo
Arrojado en el suelo.

Pues ¿qué? ¿Caballos y jinetes y árabes,
Y el Tártaro cenceño,
Sus galopes, turbantes y banderas,
Sus músicas guerreras,
No han sido más que un sueño?

¡Ay, mis bravos soldados decididos
Y sus corceles fieros!
Ya no tiene su voz gratos sonidos,
Ni alas sus pies ligeros.
En el olvido eterno yace todo
Para ellos de igual modo:
El duro alfanje de acerado filo
Y el reluciente freno.
Del montón de sus cuerpos está lleno
Este anchuroso valle antes tranquilo.
¡He aquí por largo tiempo una llanura
De triste aspecto á la piedad humana!
¡Lo que hoy olor de sangre al pecho apura,
Será hedor de cadáveres mañana!

¡Es que mi mente asombra
Pensar que fué un ejército aguerrido
Y es hoy sólo una sombra!
Del alba tenue hasta la noche obscura
Sin cesar un momento se han batido,

Siendo el único afán de su bravura
Acosarse en el cerco maldecido.
Tendió la noche su tupido velo:
Murieron los valientes; su cabeza
Yerta descansa en el trillado suelo,
Y de los cuervos el festín empieza.

Pasando ya sus picos inhumanos
Por el negro plumaje,
Del fondo de los bosques más lejanos
De elevado ramaje,
De la cima del alto promontorio,
Tras el cebo mortuorio
Anhelosos acuden: de los muertos
Roen los trozos yertos;
Y aquél ayer ejército potente,
Formidable y valiente,
No es hoy capaz por sí ¡dolor acerbo!
Ni de espantar á un misero aguilucho,
Ni de ahuyentar á un cuervo.

¡Ay! si aquel poderoso
Ejército saliese del reposo
En que yace profundo,
Me lanzara con él de nuevo ansioso
Á conquistar el mundo.

Á mis contrarios reyes le impondría;
El para mí sería
Mi tierna madre, mi querida hermana,
Amor de mis amores, dulce esposa,
Favorita sultana,
De mi alma ardiente el exclusivo dueño...
Pero ¿qué hará la muerte codiciosa
De tantos bravos que sumió en su sueño?

¿Por qué permite el hado que yo viva?
¿Por qué en el polvo en que mi afán se pierde,
Con mi turbante verde
Al par no rueda mi cabeza altiva?
Era ayer poderoso: tres guerreros,
Inmóviles y fieros
Sobre la silla de la piel tigrada,
De mi tienda dorada
Ostentaban en alto en los dinteles,
Con mi rico estandarte,
Mis insignias que fueron antes parte
De la grupa de alígeros corceles.

Ayer, cuando pasaba, cien tambores
Redoblaban á un tiempo estrepitosos;
Cuarenta Agás, ya jefes superiores,
Mi semblante estudiaban recelosos,

Su mente henchida de temores graves.
En vez de los pedreros
De toscas proporciones
Que en las proas dormían de mis naves,
Montados sobre ruedas y ligeros
Tuve largos cañones
Y á la vez sus ingleses artilleros.

Tenía ayer altivas fortalezas,
Y cien bellas ciudades islamitas,
Y de Grecia por miles las bellezas
Que vender á los falsos isrealitas;
Tenía cien harenes
É inmensos arsenales.
Hoy proscrito, vencido y despojado,
De tantos ricos bienes
Sólo me guarda el hado
El amargo tesoro de mis males.
¡Y fugitivo estoy; y no me creo
De la tierra que piso dueño apenas,
Y de mi vasto imperio no poseo
Ni una torre de almenas!

¡Y que huya es necesario,
Yo, Bajá de tres colas!
¡Y que salve veloz ese horizonte

Y esas colinas de contorno vario,
Recatándome á solas,
Suplicante tal vez, los ojos bajos,
Como huye por el monte
Azorado ladrón en noche obscura,
Y de la selva en los colgantes gajos
Contemplar se figura
De la horca vil los brazos de contino
Que atajan su camino!

Así hablaba Reschid el día aciago
De su completa y sin igual derrota.
En el horrendo estrago
También nos cupo la sensible cuota
De mil Griegos sin vida; pero, en pago,
De aquel campo de muerte se alejaba
Solo el Visir, sin séquito ninguno.
De su alfanje moruno
La roja sangre tétrico enjugaba,
Y dos caballos de fogosos bríos
Pateaban impacientes á su lado,
Y hacían resonar en su costado
Los estribos vacíos.

MAZEPA

¡Away!—¡Away!—

(Byron, *Mazeppa.*)

¡Adelante! ¡Adelante!

Cuando Mazepa, al fin, que ruge y llora
Y su suerte infeliz loco deplora,
Vió sus brazos, sus pies, sus miembros todos,
De indómito corcel, de furia ciego,
Que por ojos y ollares lanza fuego,
Sobre el lomo sujetos de mil modos:

Cuando como un reptil entre los lazos
Torció su cuerpo y destrozó sus brazos,
De sus verdugos por mayor contento;
Y en la frente sudor, sangre en los ojos,
Blanca espuma en los labios, con enojos
[illegible]bre la grupa sin aliento,

Un grito resonó, y en el instante
Por el llano se vieron adelante,
Sobre las sendas de movible arena,
Cual negra nube en que serpea el rayo,
Sin aliento correr hombre y caballo,
Tromba que el huracán desencadena.

El valle cruzan cual veloz tormenta
Que en los bosques del monte se acrecienta,
Como un globo de fuego sobrehumano;
Un punto son á poco entre la bruma;
Disípanse en el aire cual de espuma
Leve copo en el férvido Oceano.

Allá van, del espacio en rumbo incierto;
Se lanzan en el hórrido desierto
De horizonte sin fin que se renueva.
Es su carrera loca raudo vuelo,
Que montañas y torres y hasta el suelo
Hace que junto en su redor se mueva.

Y si aquel infeliz, cuya cabeza
Que gira rota á vacilar empieza,
Un instante relucha en su agonía,

Su corcel, que adelanta al raudo viento
Frenético de un salto más violento
Se interna del desierto en la ancha vía,

En el vasto desierto que infranqueable
Extiende ante sus ojos inestable
Su suelo de color árido y frío,
Que el contorno visible entero llena,
Y surcan por do quier pliegues de arena,
Como un manto rayado en el vacío.

Todo se tiñe de color ignoto:
Correr las nubes ve, correr el soto,
Y las vetustas torres derrumbadas,
Y el monte á que da el sol tintes extraños,
Y de salvajes yeguas los rebaños
Al escape seguirle alborotadas.

Y el cielo, en cuya bóveda adelanta
La negra noche su callada planta,
Surcado por acuoso meteoro,
Y el sol, que irradia entre la niebla densa,
Sobre su frente giran, cual inmensa
Rueda de mármol con las vetas de oro.

Se extravía angustiosa su mirada,
Que con opaco brillo luce airada;
Arrastra su poblada cabellera;
Pende hacia el suelo su cabeza inerte,
Y con su frío aliento ya la muerte
Los rasgos bellos de su faz altera.

Su sangre corre de las rotas venas;
Tiñe en rojo las pálidas arenas,
Y de ancha mata las espinas duras;
La cuerda que sus miembros mortifica
Cual larga sierpe aprieta y multiplica
Sus anillos y crueles mordeduras.

El fogoso corcel, que no sujeta
Ni el duro freno ni la silla escueta
Sobre su dorso en apretados lazos,
Cada vez más veloz huye ligero;
Y la sangre de aquél forma un reguero,
Y su carne despréndese en pedazos.

Y á la vez ¡ay de mí! ¡contraste horrendo!
¡De las yeguas ardientes al estruendo
Que seguían sus pasos desaladas,

Al viento dando sus revueltas crines,
Sustituyen del aire en los confines
De fatídicos cuervos las bandadas!

El gran-duque á la vez, buho gigante,
De redonda pupila rutilante,
Que el ruido seco del galope espanta;
El águila, cien veces aturdida
Por el fragor de guerra fratricida,
Que el raudo vuelo hasta el zenit levanta;

Y los buhos siniestros; la zumaya,
Monstruo que apenas la alborada raya
En las cavernas lóbregas se oculta;
Y el buitre vil que vive en los desiertos,
Que registra en el cuerpo de los muertos
Y su pelado cuello en él sepulta,

Acrecen todos la funesta banda
Que del espacio en la región se agranda,
Y cerniéndose en pos del perseguido,
Olvidan todos las lejanas frondas,
Del monte abrupto las cañadas hondas
Y de alta torre el cariñoso nido.

¡Y cuando pase, altivo en su grandeza,
Doblará el pueblo todo su cabeza,
Postrado ante el fulgor de su corona;
Y esas que en tiendas moran bravas gentes
Enviarán sus clarines estridentes
Homenaje á rendir á su persona!

II

Así, cuando un mortal en cuya mente
El aliento de Dios arde potente
Se ve ligado á tu funesta grupa,
Genio de inspiración, corcel fogoso,
Y en recobrar el plácido reposo
Sus fuerzas todas pertinaz ocupa,

Lucha en vano, ¡ay de mí! Con fiero salto,
Para oponerse á tí de fuerzas falto,
Al mundo le arrebatas verdadero;
Al mundo positivo, cuyas puertas,
Por abrirle camino, desconciertas
Al golpe rudo de tus pies de acero.

Salvas con él lejanos horizontes,
Nevadas cimas y poblados montes,
El desierto, la choza y el palacio,
Y las planicies de la mar inmensas,
Y más arriba de las nubes densas
La región pavorosa del espacio.

¡Y mil torpes espíritus impuros,
Que tu rauda carrera en los obscuros
Antros que habitan despertó envidiosos,
En redor del viajero, ya insolentes,
De innúmeras legiones impacientes
La densa turba lanzan presurosos!

En tus alas de fuego sostenido,
De lo posible el campo reducido
De un vuelo cruza en su anhelar ardiente,
Los mundos del espíritu insondable,
Y bebe en el raudal inagotable
De gracias puras de la eterna fuente.

Y, lo mismo en la noche de tormenta
Que en la que á miles las estrellas cuenta,
Su rizado cabello refulgente,

Mezclado con la luz que reverbera
De los cometas larga cabellera,
Del cielo brilla en la anchurosa frente.

Las seis lunas de Urano, y de Saturno
El dilatado anillo ve á su turno;
Y en el polo de frías tempestades,
En arcos irradiar boreal aurora,
Que con difusa luz rica colora
Aquellas angustiosas soledades.

Lo ve todo, y tu vuelo infatigable
De la sublime creación estable
Los aparentes términos dilata.
¿Quién, fuera de los seres superiores,
Conoce, por seguirte, los dolores
Que da á su pecho la fatiga ingrata?

¿Quién conoce las llamas que divinas
Lucen ante sus ojos peregrinas,
Y que ardientes centellas le consumen;
Y en la noche sin luz, falta de galas,
Cuántas en torno de él frígidas alas
Su frente baten, donde hierve el numen?

Grita despavorido, y tú implacable,
El raudo vuelo sigues espantable.
Bajo el peso doliente del quebranto,
Pálido el rostro y en la boca espuma,
Á la acción de tu vuelo, que le abruma,
Se doblega por fin lleno de espanto.

Cada paso que das se le figura
Que abre fatal su triste sepultura.
¡Llega el término al fin de prueba tanta!...
¡Corre, vuela, recobra su osadía,
Cae de nuevo postrado en su agonía,
Y rey del mundo al cabo se levanta!

ÉL

Era entonces gigante
Y media cien codos de estatura.
(BONAPARTE.)

¡Él! ¡y tan sólo él! ¡Él por do quiera!
Mi mente siempre altera
Su imagen colosal, fascinadora.
Al influjo de su alto sentimiento
Arde en mi pensamiento
De inspiración la llama creadora.

Me siento estremecer, y al labio mío
Como abundante río
Afluye de palabras la riqueza
Cuando su nombre de gigante historia,
Laureado por la gloria,
Mi lira hace vibrar con su grandeza.

Ya dirigir le veo fratricida
El obús homicida;
Ya al pueblo acuchillar, cruel y sangriento,
De regicidas en el nombre armado;
Ya, atrevido soldado,
Su poder arrancar al Parlamento.

Ya, Cónsul joven, fiera la mirada,
Con la faz demacrada
Del pervigilio por la acción severa
Que el sueño del imperio alumbró ardiente,
Y pálida su frente
Bajo la negra y larga cabellera.

Emperador, á poco, poderoso,
Dirigiendo celoso
De alta colina la batalla airada,
Prometiendo á los jóvenes soldados,
Alegres y confiados,
La fortuna después de la jornada.

Inspirando su espíritu guerrero
Á un ejército entero;
Las llamas al cañón con que fulgura;

Jamás sujeto su ánimo al desmayo;
En sus ojos el rayo,
Y la serena calma en su apostura.

Á poco, escarnecido prisionero,
Á quien el odio fiero
Con placer en sus males atormenta,
Los brazos inactivos con despecho
Cruzados sobre el pecho,
En que iracunda la pasión fermenta.

Á viles carceleros entregado
Como un vulgar malvado;
Su frente obscura por la pena interna,
Paseando entre las rudas tempestades
De aquellas soledades
Su pensamiento, tempestad eterna.

¡Cuán grande por do quier, y aquí ante todo!
Cuando en tan triste modo,
Potencia hundida en el profundo abismo,
Mofa al ser del britano carcelero,
Su derecho, altanero,
De la desgracia afirma en el bautismo.

¡Y al rumor de sus pasos vacilantes,
Se miran anhelantes
Los pueblos á que un día dió sus leyes;
Y en Santa Elena muere encadenado,
Falto de aire el soldado,
Donde el poder le exhibe de los reyes!

¡Cuán grande en este instante en que, cercano
Á ver al soberano
Dios poderoso que los orbes rige,
Próximos á extinguirse ya sus ojos,
Con acerbos enojos
Una suprema lágrima le afige!

¡Su ejército al morir doliente invoca;
La queja abre su boca
Por dejarle expiar tan solitario;
Y baja desde el catre de campaña
A aquella tumba extraña,
Su militar capote por sudario!

II

En Roma, do al Senado el Cónclave sucede,
En Elba, y en los montes de altísimo perfil
Blanqueados por las nieves ó negros por la lava,
En el recinto fuerte del bélico Kremlin,

En la risueña Alhambra y el amarillo Nilo,
En todas partes se halla, le encuentro por do quier
Inundan el Egipto las luces de su aurora,
Y vese en el Oriente su sol resplandecer.

Rodeado de prestigios, prodigio sobrehumano,
Con hechos prodigiosos los mundos asombró:
Los viejos capitanes del Asia belicosa
Humildes veneraban al Emir vencedor.

Temía el pueblo tosco sus armas inauditas;
Sublime por sus hechos aparecía ante él,
Y las errantes tribus creíanle espantadas
Del lóbrego Occidente invicto Mahomet.

Tan altas maravillas reclaman ya su historia;
Del árabe la tienda su gloria reflejó;
A los beduinos libres por bravos compañeros
En todas sus empresas resueltos encontró.

Los niños pequeñuelos, tornando las miradas
A las lejanas costas de nuestro ignoto mar,
Al són de los tambores franceses se veían
Sus pasos de salvajes do quier acompasar.

A contemplar, á veces, se llega, conducido
Sobre las raudas olas de númida huracán,
Los áridos desiertos, inmenso mar de arenas,
Y toma la pirámide mayor por pedestal.

Allí su sombra inmensa del colosal sepulcro
Los ecos sonorosos despierta en su confín,
Como cuarenta siglos gigantes que pasaron
Para la lucha logra resucitar allí.

Exclama: «¡Arriba!» y todos á un tiempo se levantan;
Los unos con el cetro, emblema del poder,
Al cinto otros la espada, los sátrapas faraones,
Los magos embusteros, los pueblos del ayer.

Inmóviles y mudos, de polvo recubiertos,
Por órdenes y clases los cuenta en alta voz:
Parece que allí adoran á un rey de todos tiempos
Y que el pasado forma cortejo en su redor.

Así al influjo todo del hombre inolvidable
En monumento eterno se llega á convertir.
El gran desierto cruza: ¿qué importa que sus ondas
De Asiria los oasis alcancen á cubrir?

¿Qué importa que en su espacio el aquilón furioso
Sus alas poderosas agite sin cesar?
Sobre la espalda instable del árido desierto
Eterna huella marca su planta colosal.

III

Historia, poesía, ambas gigante
Huella su pie de Atlante.
En esos mundos de sublime esfera
Inútil es que con afán demande
Nada atrevido ó grande
Sin tropezar su nombre por do quiera.

Cuando surge ante mí tu gran figura
De aplauso ó de censura
Brota el canto febril de mi garganta,
¡Sublime Napoleón! ¡astro del cielo,
De quien soy en el suelo
Memnon humilde que tus glorias canta!

Demonio ó ángel en el mundo imperas.
Por las anchas esferas
De su alto vuelo tu águila potente,
Sin aliento, nos lleva, arrebatada.
Aquél que su mirada
Quiere apartar de tí, te encuentra enfrente.

De nuestra vida la mezquina escena
Siempre tu sombra llena.
Siempre de Napoleón, que el alma admira,
El espectro impalpable y aparente,
Sombrío y prepotente,
Del siglo sobre el haz de pie se mira.

Así como el viajero, á cada hora,
Que del Vesubio explora
En los contornos el dominio extenso,

De Nápoles á Pórtici pasea
Y de absorbente idea
Bajo el poder fascinador, intenso,

Lo mismo cuando turba con su planta
Los valles donde encanta
Los ojos con sus flores y sus pomas
Ischia, cuyo rumor va sonoroso
Como un canto amoroso
Entre nubes cerniéndose de aromas,

Ō visita de Pesto la vetusta
La columnata augusta,
Ó de Puzzolo el ámbito recorre,
Y oye en su playa en animada vela
Cantar la tarantela
Al pie sentado de toscana torre,

Ó despierta al pasar con su pisada
La ya momificada
Pompeya extensa al existir perdida,
De una ciudad cadáver en pedazos,
Que del sueño en los brazos
Por el volcán se viera sorprendida,

Ó al Posílipo en torno, en la ligera
Navecilla velera,
Desde la que el tostado marinero
Canta á Tasso y Virgilio, vaga errante:
Do quier y á cada instante,
Bajo el árbol copudo del lindero,

Sobre el lecho del césped cariñoso,
Desde el piélago undoso,
Del verde prado do la flor campea,
Siempre elevárse ve en el horizonte
El ignífero monte
Que entre las nubes sin cesar humea.

ENTUSIASMO

¡Allons, jeune homme! ¡Allons, marche!

(André Chenier.)

¡Á Grecia! ¡Sus! ¡Á Grecia, amigos míos!
¡Allí nos llaman el deber, la gloria!
¡Que tras la sangre de ese pueblo mártir
La sangre vil de sus verdugos corra!

¡Á Grecia, amigos! ¡Libertad! ¡Venganza!
¡Mi frente el casco, mi cintura ciña
El corvo sable, y del caballo fiero
Oprima el lomo la ferrada silla!

¿Cuándo partimos? ¡Hoy! Á mi impaciencia
Tarde será mañana. ¡Sus! ¡Caballos!
¡Un navío en Tolón! Bajel velero
Ó alas prestadme, y salvaré el espacio.

¡De nuestros bravos Tercios aguerridos
Llevemos con nosotros una muestra,
Y huir veréis los tigres otomanos
Con el ligero pie de las gacelas!

¡Toma tú el mando, distinguido Fabvier,
Como Príncipe excelso hoy invocado!
Porque á tí solo en el honroso puesto,
En que faltan los reyes, firme te hallo.

¡Valiente jefe de aguerridas bandas,
Entre los griegos de moderna estirpe,
Del bravo aliento de la antigua Roma
Sombra preclara, cual modelo insigne!

¡Simple soldado que al glorioso empuje
De un corazón para la patria abierto
En tu inexperta aunque robusta mano
Sostienes solo el porvenir de un pueblo!

¡De vuestro largo sueño, armas francesas,
Romped el lazo! Resonad ya en breve,
Música embriagadora del combate,
Bombas, cañones, trompas estridentes!

¡Despertaos también, largas pistolas,
En cuyo seno el proyectil palpita;
Sables de acero, á los que falta el temple
Que el baño presta de la sangre tibia!

¡Yo quiero ver, en la vanguardia siempre,
El rudo choque del feroz combate,
Y cuál del turco las inquietas filas
Como un torrente los spahis deshacen!

¡Ver que su alfanje, cuyo peso acrece
De su corcel en la veloz carrera,
Á cada golpe de su corvo filo
Hace rodar una feroz cabeza!

¡Marchemos!... Pero ¡ay! ¿dónde me arrastra,
Pobre poeta, el bélico entusiasmo?
¡Los niños y los viejos apacibles
Siempre un puesto me guardan á su lado!

¿Qué soy yo? Leve espíritu que inquieto
Un débil soplo á trastornar alcanza.
Cual la hoja seca que del alta copa
Viene á caer en las corrientes aguas,

Y de onda en onda al desigual impulso
Errante flota en la rizada linfa,
Así, de ensueño tras de ensueño locos,
Mis agitados días se deslizan.

Todo me hace soñar: el aire, el prado,
La selva espesa y el desnudo monte.
Por todo un día el corazón me embargan
Las dulces notas de un sentido oboe,

Ó el manso ruido de agitadas hojas
Que el aura mece. Y al caer la tarde,
Cuando su débil luz alumbra apenas,
Allá en el fondo de un obscuro valle

Me gusta ver el anchuroso lago,
De tersas aguas de plateadas luces,
Profundo, claro y prodigioso espejo
Donde se miran las errantes nubes.

Me gusta ver una encendida luna
Con el rojo color del oro puro
Que entre la densa bruma se levanta
Del horizonte en el perfil difuso.

Ó verla blanca, con los tenues rayos
De pálido fulgor, cuán dulce brilla
Al negro borde de sombría nube,
En cuyo seno el huracán germina.

Y oir me gusta los pesados carros
Que, de la noche en la quietud medrosa,
De la alquería, con su extraño ruido,
Hacen latir los perros en las sombras.

LA DESPEDIDA

DE LA HUÉSPEDA ÁRABE

> **10. Y habitad con nosotros; la tierra está á disposición vuestra; labrad, negociad y poseedla.**
>
> ***(Génesis*, cap. XXXIV.)**

Ya que nada detiene
Tu planta pasajera
En este tan feraz país dichoso:
Ni del alta palmera
La blanda sombra que al amor previene,
Ni el rubio grano del maíz gustoso,
Ni la abundancia del aduar tranquilo,
Ni el dulce encanto del vital reposo;
Ni el ver que, dando al sentimiento asilo,
Al eco de tu voz late turbado
El pecho juvenil de mis hermanas,
Que, al declinar la tarde, en animado,
Vistoso grupo, ensayan bulliciosas

Alegre danza de compás ligero,
Sus formas destacándose galanas
Sobre la cima del cercano otero,

¡Adiós, blanco viajero!
Por temer de que á un salto repentino
Te arrojara en las piedras del camino,
Yo, con mi propia mano,
Ensillé tu corcel de ardientes ojos,
De anchos ollares rojos,
Que de su esclavitud se muestra ufano.
Hiere su casco el suelo;
De dura fibra y de alisado pelo
Es su redonda grupa, reluciente
Como la negra roca
Que pulimenta el agua del torrente.

¡Tú marchas sin cesar! No eres de aquéllos
Que los breves contornos, aunque bellos,
De la cónica tienda, al suelo atada,
Al perezoso pie dan por barrera,
Ó la humilde techumbre entrelazada
Con el tallo gentil de la palmera.
Que siempre soñadores,
Sin que siga á su afán nunca el intento,

De empresas superiores
Es el relato su mayor contento;
Y á la puerta sentados de su choza,
Cuando tiende la noche el negro velo
Sembrado por do quier de luces bellas,
Sueña su loco anhelo
Subir á la región de las estrellas!

Si tú hubieses querido acaso alguna
De nuestras bellas jóvenes sencillas
Mirado hubiera como gran fortuna
Servirte de rodillas
Bajo la tienda de mansión incierta,
Siempre al viajero con amor abierta.
Ella, para alejar de tu alba frente
Del mosquito tenaz el dardo fiero,
Mientras con tierno canto dulcemente
Arrullaba tu sueño placentero,
Formara de odoríferas retamas
Fresco abanico con las verdes ramas.

Pero te alejas, ¡ay! Tú noche y día
Caminas solo, de tu afán por guía
Extraña emulación. Las herraduras
De tu caballo, al imprimir sus huellas

Hacen brotar de entre las piedras duras
Surtidores de fúlgidas centellas.
En el agudo hierro de tu lanza,
Que brilla entre las sombras cuando avanza
Tu rápido corcel, volando ciegos
Mil veces los espíritus alados
Que huyen del día las vistosas galas
Y hacen la noche escena de sus juegos,
Rasgaron torpes las fibrosas alas.

Si vuelves, por acaso,
Toma por guía de tu incierto paso
Del pobre aduar hasta el recinto bello
Las cimas de ese monte
Que á lo lejos se ve en el horizonte
Como el gigante lomo de un camello.
Para encontrar mi choza hospitalaria
Recuerde tu memoria
Que la hace bien notoria
Entre las otras de la aldea amena
El agudo techado,
Tosco como el ramaje entrelazado
Que cobija la rústica colmena;
Que en su recinto humilde
Sólo una puerta tiene harto mezquina,

Pero abierta hacia el cielo
Por el lado do vuelve en raudo vuelo
La amante y pasajera golondrina.

Si no vuelves, al menos
Un recuerdo consagra á mis hermanas,
Las de la dulce voz y ojos serenos,
Las hijas del Desierto maldecido,
Que al compás de entonada cantinela
Bailan, desnudo el leve pie pulido,
Alegre danza en la abrasada arena.
¡Recuérdalas siquiera agradecido,
Bello joven de pálido semblante,
Hermoso como el cisne pasajero,
Porque tal vez amante,
De las que cruzan la movible duna,
Tn memoria, Extranjero,
Conserva viva el corazón de alguna!

¡Adiós, pues! Tu camino
Sigue feliz. Tu nacarada frente
Guarda del sol ardiente,
Que nuestra tez morena
Al fuego dora que el espacio llena,
Pero que abrasa al par el transparente

Débil tejido de la piel menuda;
Guárdate de la Arabia inexplorada;
De la vieja que corre vacilante
Las sendas, sola, con torcido paso,
Y de aquéllos que encuentra el caminante
En la noche serena,
De las estrellas al fulgor escaso,
Trazando rayas en la blanca arena.

LA MALDICIÓN

Ed altro disse: ma non l'ho à mentre.
(Dante.)

Que vague sin reposo bajo el dolor tremendo
Del mal, que en él destruya la alegre juventud,
Perdido en arenales de calcinada huella,
Al rayo sin ocaso de un sol de viva luz.

Que, igual al asesino que en la sombría noche
Después del crimen huye, confiándose al azar,
Si marcha entre las sombras escuche con espanto
De pasos que le siguen el eco pertinaz.

¡Y sobre el suelo frío de helado ventisquero,
Tan liso como el corte de la afilada hoz,
Resbale y caiga y ruede, y en sus paredes tersas
Las huellas de sus uñas imprima en su dolor!

Que, de un error objeto, le prendan moribundo
De la desierta vía tendido en el talud,
Y en vano su inocencia proteste desolado,
Y con rigor le claven en un madero en cruz.

¡Que penda desgreñado de aquel suplicio cruento,
Bañados los cabellos en sangre y en sudor,
Los miembros desgarrados, y la sedienta boca
Teñida en su agonía de cárdeno color!

¡El hórrido esqueleto de la espantable muerte,
Visible para él solo, contemple frente á sí,
Y en los espacios huecos del descarnado rostro
Satánica sonrisa alcance á percibir!

¡Que aun ya cadáver sufra y sienta todavía
De la insaciable muerte el golpe destructor,
Y cómo de sus miembros destruye el organismo
De múltiples gusanos el diente roedor!

¡Que ni en el mundo viva, ni libre ya su espíritu
Encuentre de las almas en la región lugar!
¡Y su desnudo cuerpo la nieve azote fría,
Ó abrase el denso fuego de un sol canicular!

¡Que en medio de la noche despierte acongojado,
Y las obscuras sombras aumenten su pavor,
Y luche y agonice y en vano se retuerza
Entre las garras duras del buitre y del condor!

ÉXTASIS

Et audivi vocem magnam.

(Apocalipsis.)

A la orilla del mar, en una noche
De fúlgidas estrellas,
Sin una nube el anchuroso cielo,
Sin una vela en las dormidas aguas,
Que como blanco broche
Uniese el cielo á ellas,
De otro mundo mis ojos extraviados
Penetraban los límites vedados.

La selva umbrosa y los desnudos montes,
Y todo cuanto encierra
Entre ambos horizontes
La creadora tierra,
Misteriosa pregunta dirigían,
En confuso rumor y en blando anhelo,
Á las aguas profundas de los mares
Ó á las luces sin número del cielo.

Y las estrellas de oro, que en la esfera
Se muestran en legiones infinitas,
Con variados acentos
Que pueblan de armonías á los vientos
Hacia el suelo inclinando lisonjera
La viva luz de su pupila ardiente,
Y las cerúleas ondas—cuya fuerza
Ninguna humana superior consiente—
Lanzando á la ribera
La blanca espuma de sus crestas rotas,
Al par decían en solemnes notas
Cuyo sentido el corazón presiente:
«Es el Señor, el Dios omnipotente.»

PARA LOS POBRES

Quien da á los pobres presta á Dios.

(V. H.)

En las fiestas fastuosas del invierno,
Ricos, seres dichosos,
Cuando la danza en su girar eterno
Os envuelve en efluvios ardorosos
Que vuestra mente embriagan;
Cuando do quiera vuestra vista halagan
Con sus vivos reflejos
Prismas bruñidos y columnas de oro,
Espléndidos espejos,
Candelabros y arañas de cristales,
Que baña el de la luz rico tesoro
Con variados matices refulgentes,
Y de vuestros dichosos comensales
El gozo brilla en las serenas frentes;

Cuando en vuestras estancias vibra suave
Áureo timbre sus notas lisonjeras,
Y de las tristes horas pasajeras
En canto alegre trueca la voz grave,
¿Pensáis alguna vez que, devorado
Del hambre insana por el frío diente,
Acaso un indigente,
En la sombría esquina cobijado,
Muerta en su corazón toda esperanza,
Ve pasar vuestras sombras en la danza
Tras las vidrieras del salón dorado?

¿Sospecháis que esté allí sumido en duelo,
Por artesón el témpano de hielo,
Por alfombra á sus pies la nieve fría,
Un padre que carece de trabajo,
Y á quien el hambre impía
En su rigor destroza,
Que se dice á sí mismo por lo bajo:

«¡Cuántos bienes para uno! ¡Cuánta gente
En medio de la dicha se alboroza
En ese amplio salón resplandeciente!
¡Cuánto son estos ricos venturosos!
Sus hijos les sonríen ¡ay! gozosos,

Cubiertos de elegantes atavíos.
¡Sólo de sus juguetes primorosos
Cuánto pan el valor diera á los míos!»

Y en el fondo de su alma á vuestra fiesta
Su hogar compara, donde nunca el fuego
Vida y calor á sus contornos presta:
En sus hijos hambrientos piensa luego,
En la infeliz esposa
Y en la abuela achacosa,
Cuyos miembros el frío desconcierta,
Y allí tendida permanece yerta
Como huésped cercano de la fosa.

Dios señaló sus grados
Á la humana fortuna y la riqueza:
Unos van encorvados
Sufriendo de las penas la aspereza;
De la dicha al banquete
Pocos son los felices convidados,
Y no todos en blando taburete
Están de igual manera acomodados.

Una ley que, á juzgarla el infelice,
Ni se halla justa ni parece buena,

«¡Gozad, dichosos!» á los unos dice,
«¡Envidiad!» á los otros les ordena.
Este triste y sombrío pensamiento,
Amargo como el mar, inexorable,
Mudo germina con fatal fermento
Dentro del corazón del miserable.

Ricos, hombres felices de la tierra,
Que aduermen del placer goces livianos,
No sea aquél quien en nefanda guerra
Os arranque esos bienes de las manos;
Que ceder os exija
Esos bienes supérfluos, en que fija
Torva mirada cuyo fuego espanta:
¡Sea la Caridad, la virtud santa!

La ardiente Caridad, que el pobre adora,
Madre consoladora
De los que cruel madrastra es la fortuna,
Que sostiene y eleva, cual ninguna
Pasión humana, á los mezquinos seres,
Que la senda al cruzar de los placeres
Huella el feliz con planta desdeñosa;
Que, á todo sacrificio siempre presta,
Como el Mártir divino del Calvario,

«¡Comed! ¡bebed!» exclamará piadosa;
«¡Éste mi cuerpo es, mi sangre es ésta!»

¡Que ella tan sólo, ricos, que ella sea
La que dijes, diamantes y zafiros,
Perlas, cintas y joyas deslumbrantes,
Toda fútil presea
De falsas lumbres y de vanos giros,
Para dar á esos seres anhelantes
El preciso sustento
Y paz á vuestras almas y contento,
Salvas al par de las eternas penas,
Del brazo á vuestras hijas candorosas,
Del seno engalanado á las esposas,
Esas joyas arranque á manos llenas!
Remediad, ricos, la miseria humana:
De la oración es la limosna hermana.

¡Ay! cuando triste anciano
De vuestra puerta en el marmóreo suelo
Cae de rodillas suplicante en vano;
Cuando uno y otro niño pequeñuelo,
Rojas las manos por la acción del hielo,
Recoge las migajas afanoso
De la suntuosa orgía,

El Señor, de vosotros pesaroso,
Su santa faz desvía.

¡Limosna dad! para que Dios potente,
Que dota á las familias generoso,
Dé á vuestros hijos cuerpo vigoroso
Y suave gracia á vuestras hijas done;
Para que vuestra vid feraz ostente
Del dulce fruto los racimos sanos,
Y en vuestras trojes próvido amontone
Del rubio trigo los maduros granos;
Para lograr con provechoso empeño
Mejor empeño de la corta vida,
Y de un ángel la sombra bendecida
Ver pasar por la noche en vuestro sueño.

¡Piadosos dad! que al cabo llega un día
En que es preciso abandonar la tierra:
En la eterna mansión vuestra obra pía
Rico tesoro á vuestra dicha encierra.
¡Limosna dad! para que diga el triste;
«¡Ese tiene piedad de nuestros males!»
Y el que desnudo con dolor resiste
La furia de los fríos vendavales,
Y el mísero indigente
Que con el hambre en su abandono lidia,

Vuestro palacio al ver resplandeciente
No os miren torvos con feroz envidia.

¡Limosna dad! para obtener doblado
Amor del Dios que por amor se hizo hombre,
Y que el mismo malvado
Se incline humilde y con respeto os nombre;
Para que vuestro hogar sólo dé abrigo
Á dulce calma y afección sincera;
Y cuando os llegue al fin la hora postrera,
De todas vuestras culpas en el suelo
Como escudo tengáis el ruego amigo
Del que, en la tierra mísero mendigo,
Mediador poderoso es en el cielo!

DE LOS «CANTOS DEL CREPÚSCULO»

XXV

Ya que puse feliz mi labio ardiente
En tu copa colmada de ambrosía,
Y mi pálida frente
Sobre tus manos recliné ya un día;
Que he respirado al fin el dulce aliento
De tu alma, aroma que en amante nido
Tú guardabas en íntimo aposento,
Para mí entre las sombras escondido;
Pues que dado me ha sido oirte grata
Esas frases decir con que retrata
El corazón su esencia misteriosa,
Y te he visto llorosa
Tus ojos en mis ojos,
Y sentí la sonrisa cariñosa
Sobre mis labios de tus labios rojos;
Y brillar ví en mi frente embelesada
Un rayo de tu luz antes velada,

Y caer desprendida
En el mar borrascoso de mi vida,
De la flor de tus días arrancada,
Una hoja nacarada,

Puedo hoy decir á las veloces horas:
«¡Pasad, pasad! ¡En mí nada envejece!
Huid con vuestras flores inodoras,
Porque en mi alma florece
Una preciada rosa al pecho asida;
Que nadie arrebatar puede á mi vida.
Al sacudirle en su violento paso
Vuestras alas discordes,
Ni una gota verter harán del vaso
En que bebo feliz, tras cruda liza,
Y llené por mi bien hasta los bordes.
¡Tiene más fuego mi alma que ceniza
Frío amontona vuestro raudo vuelo,
Y hay de mi corazón en el latido
Más amor, de mis penas por consuelo,
Que en vosotras olvido!»

DE «TOUTE LA LIRE»

IX

Siéntate aquí, hija mía.
Ya se extiende en la plácida llanura
La suave luz con que termina el día.
Ya de su lumbre pura,
Con lánguido desmayo,
El débil sol poniente
Apenas lanza el moribundo rayo
Bajo la arcada del vetusto puente.

De una fragua lejana
Los golpes secos, sobre el hierro que arde,
Contestan al clamor de la campana
Que la oración anuncian de la tarde.

Con la campana el Dios de las alturas,
El hombre sobre el yunque, de igual modo
Hablan á las humanas criaturas.

Como partes de un todo,
A la vez que la estrella arde en el cielo
La fragua arde en el suelo.

Todo nuestro destino, ángel de mi alma,
Toda la vida entera,
Encierran los dos ruidos que la calma
Turban del aire con su voz austera.

Ambos al hombre dan consejo serio
En medio del misterio;
Ambos su fin le muestran y son guía
En las revueltas sendas de la vía:
Ora,—dice la voz de la campana;
Trabaja,—dice el yunque con voz llana.

V

SEXTA CUERDA

¿Sabes tú lo que Dios dice al oído
Del niño que á nacer viene á la vida?
Cuando se entreabre para su partida
El humilde canal de la existencia,
Le dice:—Ve á sufrir, pensar, del suelo
Á adquirir la experiencia;
Pierde, alma, la inocencia,
Pero tráete el amor, de vuelta al cielo.

Aquí el secreto está, he aquí el misterio.
Como quiera que se obre, está segura
La severa censura,
Ó el opuesto criterio;
Se tropieza ó se cae á cada paso
Que en la tierra se da, que es muy escaso
El tino en contra del error triunfante;
Pero amar es bastante.

¡Paloma mensajera,
Traernos el amor es tu mensaje!
Después del largo viaje
De peligros, de afán, de lucha fiera,
El cielo, que dejamos, puede abiertas
Presentarnos sus puertas:
Salimos uno á uno, y es preciso
Volver de dos en dos al Paraíso.

II

¿Por qué razón podría
Pensar en otra cosa
Que en soñar bajo el árbol
Do la torcaz se posa?

Los carros toscos pasan,
Si en tardo andar, seguros,
Y escucho complacido
Chirriar los ejes duros.

Cuando á lavar las mozas
Se van por la mañana
Atento oído prestan
Á mi canción lejana.

Y yo entre tanto quedo
En plácido reposo,
Sumido en lo profundo
Del bosque misterioso.

Porque el jaral me ofrece
Sin número sus flores,
Y basta á mis cuidados,
Y calma mis dolores,

Mirar cómo en la sombra
Al par alzan el vuelo
Mi canto hacia las almas,
Los pájaros al cielo.

VIII

CUARTA CUERDA

Oid la tierna dulzura
Del pájaro en la espesura
Y del vate la canción.
Oid sus voces sinceras:
Tiene el ave alas ligeras,
Genio el poeta por don.

Mientras el vino te embriaga
Ó lees el libro que halaga
Tu soberbia vanidad,
Te rebajas y extasías
Ante tres estatuas frías:
Oro, orgullo, liviandad;

Mientras que, la faz rugosa,
Llevas tu idea penosa,
Tu vida ó campo al labrar;
Mientras que arrastra tu instinto
Por el social laberinto
Tu carro pronto á volcar;

Mientras, tristes ó gozosas,
Lleváis á cabo cien cosas
De gran vergüenza ocasión,
Sobre esas frentes inquietas
Vuelan aves y poetas
Por los cielos en unión.

(DE LAMARTINE)

EL RETIRO

Á MI RESPETABLE AMIGO EL DR. FERRER Y GARCÉS

En la risueña orilla
De tu lago encantado,
De los necios errores apartado
Que estúpida ignorancia deifica,
Cubierto con la rica
Espléndida armadura de la ciencia,
Pasar el tiempo ves sin que su vuelo
De tu felicidad robe un instante:
Fué en el mundo brillante
La mañana feliz de tu existencia,
Pero con doble anhelo
Mi juventud envidia complacida
El puro azul de ese tranquilo cielo
De la preciada tarde de tu vida.

Nuestros días más bellos
No son en realidad sino fugaces
Relámpagos de luz, cuyos destellos
Brillan entre los haces
De negras nubes que en la noche obscura
Apila la tormenta;
Nada existe en natura
Digno que el sabio sienta
Al perderlo la hiel de los dolores:
Sólo acaso los plácidos amores.
Pero ¿qué digo? En toda edad el pecho
Abriga del amor el suave encanto;
Ese fuego durable
Que entre los anchos pliegues de su manto
Guarda tranquila el alma
Irradia más calor cuando arde en calma.
Es el soplo divino
Que al hombre forma y en su sér anida,
Que muere sólo con su propia vida.

Extender de su espíritu la esfera,
Del anhelar inquieto
Reducir el alcance: he aquí el secreto
Que el necio vulgo ignora.
Tú, amigo, le posees: ese grato
Feliz rincón de tierra hoy atesora

Tus amores, tus gustos y placeres;
Tus deseos con férvido arrebato
No trasponen su límite risueño,
Á la par que tu mente enriquecida
De mayor horizonte se hace dueño;
Y, abrazando del mundo los primores,
La antorcha del saber, al darles vida,
Alumbra tu razón con sus fulgores.

Tú ves de igual manera
Del Tíber, Nilo y Ganges
En la distante y desigual ribera,
En todos sitios y en los tiempos todos,
Bajo disfraz diverso,
Que el hombre siempre es hombre por do quiera
Y que en el Universo
Con un orden eterno todo pasa,
Nada cambia su esencia;
De las naciones ves la prepotencia
Eclipsarse con varia alternativa,
Como al rodar del célico hemisferio
De los astros se eclipsa la luz viva;
Pasa de mano en mano así el imperio,
Y en la eterna porfía
Cada pueblo su siglo, cada hombre
Tiene también su día.

Á esa suprema ley siempre sujetos,
Gloria, poder, y libertad, y todo
El tiempo arrastra, y ante sus decretos
Hoy yacen en el lodo
Los dioses mismos que erigiera en vano
Crédula antigüedad, y en el olvido
Lo que en su loco orgullo el sér humano
Á llamar la verdad se hubo atrevido.

En esa obscuridad que le rodea,
¿Qué hará el sabio, si férvida su mente
Contra la duda y el error pelea?
Satisfecho se siente
De aquellos breves días que el acaso
Señaló á su vivir, y se apresura
Á invertirlos al paso
En obras de virtud y de ventura.

Ese sabio feliz me es conocido:
En su bella mansión he compartido
Grata hospitalidad; bajo la sombra
Del jardín que sus manos han plantado,
Al eco regalado
De su armoniosa lira,
Adormece las horas cuando canta
La suave dicha que su sér aspira.

¡Su gratitud ardiente
Mueva, Dios inmortal, vuestra clemencia!
Jamás os cansa con un ruego loco:
Guardadle solamente
Su rústica opulencia,
Y dadle todo á quien os pide poco.
Que, por siempre rodeado
En su feliz hogar de los objetos
De su viva ternura,
De su esposa y sus hijos los respetos
Coronen su vejez, cual la madura
Fruta corona el árbol abundoso;
Que matice su campo copïoso
De las espigas el color dorado;
Que al pie del alta peña
Manso se extienda el lago transparente.
Que la sombra risueña
De sus bellos jazmines se acreciente.
Sea tibio su sol, azul su cielo
De variados reflejos peregrinos,
Y aquél que viene de extranjero suelo
Maduros halle sus selectos vinos.

Lejos yo de ese puerto
En que la dicha asienta,
Impelido ¡ay de mí! por el incierto

Ardor de la esperanza y de la activa
Juventud impaciente,
Voy á arrostrar la mar y la tormenta.
Pero en su seno hirviente,
Sacudido por la onda fugitiva
Y del choque del viento fatigado,
Yo con frecuencia volveré ¡oh amigo!
De esa tu abrupta roca al manso abrigo,
Cuando la tarde muera,
Á amarrar mi barquilla en tu ribera.

EL CRUCIFIJO

Tú que ¡ay! en noche aciaga
Yo recogí de su espirante boca
Con el último aliento en que se apaga
La débil luz de la esperanza loca.
¡Dos veces para mí símbolo santo:
De moribunda mano don precioso,
É imagen de mi Dios! De mi quebranto
¡Ay, cuántas veces inundó copioso
Tus sacros pies el desolado llanto,
Desde la hora sagrada en que del seno
De una mártir que admiro
Á mis manos pasaste temblorosas,
Aún tibio por el hálito sereno
De su postrer suspiro!

Los cirios funerarios arrojaban
Sus últimos fulgores;
Del santo sacerdote murmuraban
Los labios rezadores
Ese canto tan dulce de los muertos,

Semejante al cantar de ecos inciertos,
Que la tristeza y el cariño aduna,
Con que duerme una madre acongojada
Á su niño en la cuna.

De su pura esperanza se veía
La dulce huella en su serena frente;
Sobrehumana belleza circuía
Los rasgos todos de su rostro bello,
É impreso habían en su faz inerte
Pasajero dolor su blando sello,
Su majestad la muerte.

El viento, acariciando sus cabellos,
Flotar hacía sus revueltos rizos,
Que cortando del cirio los destellos
Sombreaban de su rostro los hechizos,
Como se ve movible
Sobre la blanca piedra de una tumba
Flotar obscura, cuando el viento zumba,
La negra sombra del ciprés flexible.

De sus torneados brazos
Uno pendía del mortuorio lecho,
Mientras, lánguidamente recogido
El otro sobre el pecho,

Con cariño profundo
Suavemente apretaba,
Y al labio seco y sin color llevaba,
La santa Cruz del Salvador del mundo.

Su boca regalada se entreabría
Para besar aún la imagen pura;
Pero su alma feliz volado había
De aquel divino beso en el delirio,
Como el leve perfume que devora
La llama asoladora
Antes que abrase al lirio.

Sobre sus yertos labios
Todo dormía ya; y el blando aliento
Reposaba en su pecho sin latido;
Y en sus ojos, sin luz ni movimiento,
El párpado caído
La pupila ocultaba macilento.

Y yo de pie, abrumado
Por secreto terror, no me atrevía
Á acercarme á aquel cuerpo idolatrado,
Cual si la muda majestad sombría
Le hubiera de la muerte consagrado.
¿Quién se hubiera atrevido?... El sacerdote

Comprendió mi silencio doloroso,
Y de su mano helada cariñoso
La cruz cogiendo como rico lote,
«He aquí el recuerdo y la esperanza—dijo:
Llevadlos con vos, hijo.»

¡Siempre te guardaré, fúnebre herencia!
Siete veces después, desde aquel día,
El árbol, hoy de sana corpulencia,
Que de su ignota tumba en homenaje
Planté de mi dolor en la agonía,
Ha cambiado el follaje:
Tú, como tierno amigo,
Al lado de mi pecho vas conmigo.

Sobre mi corazón, inerte y mudo
De la humana existencia al dulce encanto,
Tú fuiste en el transcurso de los días
Contra el olvido escudo;
De mis ojos, en tanto,
Huellas dejaron mil lágrimas mías
Sobre el marfil que emblandeció mi llanto.

Último confidente
Del alma que de Dios al seno vuela,
Sobre mi pecho ven; dulce consuela

Mi corazón doliente:
Habla, divina Cruz, háblame y dime
Lo que ella te decía en el instante
En que la débil voz agonizante,
Sin eco ya, para tí solo gime.

En esa hora inconsciente
En que el alma, en sí misma recogida,
Bajo el velo que ciega nuestros ojos
Se repliega escondida,
Se aparta ya de la turbada mente
Y de los yertos míseros despojos,
Sorda al adiós de eterna despedida;

Entonces que, insegura
De la vida y la muerte en los confines,
Cual la fruta madura
Por su peso del árbol desasida,
Nuestra alma en triste suerte
Á cada aliento tiembla, suspendida
Sobre la negra noche de la muerte;

Cuando ya de los cantos y sollozos
La confusa armonía
Nuestro apagado espíritu no hiere,
En la triste agonía

A los labios unido del que muere
Como amigo en dejarnos el postrero;
Para desvanecer la sombra densa
De aquel tránsito fiero;
Para quitarle su pavor sombrío,
Consolador divino, luz del mundo,
Al hombre moribundo
¿Qué le dices, Dios mío?

¡Ah, Tú sabes morir! Tu acerbo llanto
En la noche de estéril oración,
Bañó las raíces del olivo santo
Desde el morir hasta el nacer del sol.

De lo alto de la Cruz do tu mirada
Sondó el misterio que la muerte encierra,
Viste á tu Madre en lágrimas bañada,
Sumido el orbe en duelo;
Y, al hombre igual nacido de la nada,
Dejaste tus amigos en la tierra,
Tu santo cuerpo al suelo.

En nombre de esa muerte sacrosanta,
¡Que mi cuerpo, Señor, feliz consiga
Sobre tu faz amiga
Su espíritu rendir;

Y cuando llegue al fin mi última hora,
De la tuya te acuerda redentora,
Tú que sabes morir!

El sitio buscaré donde espirante
En tus pies exhaló el último adiós,
Y su alma tierna de la mía errante
Los pasos guiará hasta el mismo Dios.

Que entonces pueda en mi mortuorio lecho,
Tranquilo y triste al par su amante pecho
Cual ángel desolado,
Un sér doliente, de esperanza lleno,
Recoger cariñoso de mi seno
Este santo legado.

De sus postreros pasos sé el apoyo:
Dulcifícale, ¡oh Cruz! la última hora;
¡De esperanza y amor don soberano,
Del que se va al que queda bienhechora,
Pasa de mano en mano!

Hasta el día final que, de la tumba
Penetrando en la bóveda sombría,

La voz que por los ámbitos retumba
Y Dios heraldo de sus hechos nombra,
Despierte para darles nueva luz
Á todos los que duermen á la sombra
De tu bendita Cruz.

EL LAGO

¿Es que siempre, impelidos
Sobre ignotas riberas de la vida,
En pos de eterna noche conducidos,
Sin regreso hacia el punto de partida,
Nunca podremos, para hallar reposo
Del viaje duro en la fatiga grave,
En el mar de los tiempos proceloso
Poner al ancla nuestra frágil nave?

¡Ay! apenas ¡oh lago! ha transcurrido
De un año el lapso breve,
Y al borde de tu seno tan querido,
Que riza la onda leve,
Á donde ella feliz volver pensaba,
¡Mira, vengo yo solo y macilento
A buscar triste asiento
Sobre la roca en que ella se sentaba!

También como hoy rugías poderoso
De esas rocas profundas en los huecos,
Y al despertar los ecos
También como hoy quebrabas sonoroso
Tus claras ondas en sus rotos flancos,
Y al recoger como hoy los copos blancos
De leve espuma, que en tu hervor levantas,
Los conducía el viento hasta sus plantas.

Una noche—¿te acuerdas?—silenciosos
Surcábamos tu faz: sólo se oía,
Sobre las quietas aguas y del cielo
Bajo el ancho dosel, los cadenciosos
Iguales golpes con que el remo hería
Tus límpidos cristales armoniosos.

Un acento, de pronto, sobrehumano
Los ecos encantó de tu ribera:
Calló el viento liviano,
Tus ondas se tendieron en espera,
Y la voz á mi pecho tan querida
Estas palabras pronunció sentida:

«¡Suspende, oh tiempo, tu veloz carrera,
Y vosotras también, horas propicias,
Suspended vuestro vuelo!

Que disfrute dejad el alma entera
Las rápidas delicias
Que un instante nos brindan en el suelo
De la breve existencia las primicias.

Bastantes infelices
Precipitar anhelan vuestra huída:
Corred para ellos en fugaz cadena,
Y envuelta en los jirones de la vida
Llevad su amarga pena
Y olvidad en su dicha á los felices.

Pero en balde reclamo
Sólo algunos momentos todavía:
Más huye el tiempo cuanto más le llamo;
Á esta noche de amor la digo «espera,»
Y viene ya del sol la luz impía,
Que en el confuso Oriente reverbera,
La sombra á disipar que feliz amo.

¡Amemos siempre, amemos!
¡De la hora fugitiva los instantes
Con vivo afán gocemos!
Ni el hombre tiene puerto de reposo

Ni límites el tiempo presuroso:
Él corre al infinito sin retraso
Y nosotros también vamos de paso...

Tiempo celoso de la vida ajena,
¿Es posible que á impulsos de tu aliento
El plácido momento
Que dulce embriaguez llena,
En que el alma feliz enajenada,
Bebe á raudales del amor la dicha,
Con igual rapidez acompasada
Se aleje que las horas de desdicha?
....

Eternidad, pasado, triste nada;
Negra sima poblada
De tétricos horrores,
¿Qué es lo que hacéis, decid, de tanta hora
Que vuestro abismo sin cesar devora?
¿Nos volveréis propicios los instantes
De estos sublimes éxtasis amantes
Que nos robáis traidores?

¡Oh lago, mudas rocas,
Grutas de negras bocas,
Obscura selva de sombrío seno!

¡Oh, vosotros que el tiempo feraz cuida
Y á quienes de amor lleno
Puede incesante renovar la vida:
Conservad de esta noche en vuestra historia
La plácida memoria!

Que en el manso reposo de sus aguas;
En las tormentas que en tu seno fraguas,
Hermoso lago, igual que en el paisaje
De tu alegre ribera peregrina,
Y del obscuro abeto en el follaje,
Y en la roca salvaje
Que en tus aguas avanza y las domina;

En la brisa liviana
Que se agita al pasar con débil ruido;
En el rumor dulcísimo que emana
De tu encantada orilla,
Por sus extensos bordes repetido
Perdiéndose á lo lejos,
Y en la luz con que brilla,
Blanqueando tu seno transparente
Con sus blandos reflejos,
El astro hermoso de argentada frente;

Que el viento gemidor en la enramada,
La fuente bullidora que suspira
Por el césped florido destrenzada,
Los aromas de tu aire embalsamado...
Cuanto se oye y se ve, cuanto se aspira,
Murmure: ¡Se han amado!

EL VALLE

Á MI AMIGO DE SIEMPRE EL CONDE DE TORREÁNAZ

Cansado ya mi corazón de todo,
Aun de la tibia luz de la esperanza,
No irá de ningún modo
Á importunar con votos de mudanza
Á la contraria suerte:
Dame tan sólo un día ¡oh valle ameno!,
Para esperar la muerte,
Piadoso asilo en tu repuesto seno.

He aquí la estrecha senda
De aquel valle ignorado:
Del ribazo feraz de su colina
Pende un bosque frondoso,
Cuyo espeso ramaje entrelazado
Con su sombra cordial sobre mí inclina
Y me inunda de paz y de reposo.

Allí dos arroyuelos,
So la bóveda densa de verdura
Ocultos á las luces de los cielos,
Trazan al serpentear por la espesura
Del valle la cintura,
Mezclan breves instantes
Sus ondas murmurantes,
Y se pierden no lejos de su afluencia
Sin nombre que recuerde su existencia.

El curso de mi vida fué como ellos:
Ha pasado sin nombre y sin destellos;
Mas límpida es de aquéllos la corriente,
Y mi alma sin reposo
Jamás vió reflejar sobre mi frente
La clara luz de un día esplendoroso.

De sus estrechos cauces la frescura,
La sombra que halagüeña los abriga
Á sus bordes me liga
Mientras el día dura;
Como el niño que mece
De una canción monótona el arrullo,
Mi alma se adormece
De sus aguas al plácido murmullo.

Aquí es donde, rodeado
De un muro de verdura,
De un horizonte estrecho
Que mi espíritu deja satisfecho,
Quiero fijar mi planta ya cansado,
Y en el seno de próvida natura
Sólo oir el rumor del arroyuelo,
Ver tan sólo la bóveda del cielo.

He visto demasiado:
Demasiado sentí y amé en la vida,
Y en medio de ésta vengo desolado
La calma á procurarme del Leteo:
Sed para mí, bellísimos lugares,
La ribera feliz en que se olvida
El amargo sabor de los pesares,
Que ya el olvido sólo es mi deseo.

Mi corazón al fin está dormido,
Como mi alma en reposo:
Ora el lejano ruido
Del mundo que se agita bullicioso
Muere al llegar apenas á mi oído,
Como muere el sonido
Que de larga distancia trae el viento
Y llega hasta el oído sin acento.

De aquí veo la vida,
Al través de una nube obscurecida,
Disiparse en las sombras del pasado.
El amor sólo resta:
Como una imagen, que el recuerdo presta,
Sobrevive al soñar ya despertado.

Descansa ya, alma mía,
En este último asilo,
Igual al caminante que tranquilo,
Al terminar la vía,
De la Ciudad se sienta ante la puerta,
El alma toda á la esperanza abierta,
De la tarde que muere lentamente
A respirar el perfumado ambiente.

Como él, de nuestra planta
Sacudamos el polvo del camino;
Por la senda que el hombre se adelanta
No volver á pasar es su destino;
Como él, al terminar ya la carrera,
Respiremos ahora
La calma bienhechora
Que de la eterna paz es mensajera.

Tus días tan sombríos cuanto breves,
Cual del otoño un día macilento,
Declinan ya como las sombras leves
En la suave pendiente del ribazo;
Te niega la amistad su amante brazo;
Te niega la piedad su sentimiento,
Y sola, al fin, desciendes desolada
De la tumba la senda malhadada.

Pero aquí está la fiel naturaleza
Que te ofrece sus goces y que te ama:
Arrójate en su seno
Que te abre amiga y hacia el cual te llama:
Cuando ya todo cambia y te es ajeno,
La misma es siempre próvida natura,
El mismo el sol que sobre tí fulgura.

De luz y blanda sombra te rodea:
Aparta de tu idea
Esos bienes mentidos
Para tu afecto de una vez perdidos;
Adora aquí los ecos de armonía
Que Pitágoras daba como ciertos
En su sublime y magna teoría,
Y oye con él los mágicos conciertos.

Sigue al sol en el cielo,
Y á la tendida sombra por la tierra;
Con el duro aquilón levanta el vuelo
En los espacios que su furia aterra,
Y con el dulce rayo
Del astro de la noche misterioso
Deslízate al soslayo
Por el bosque frondoso,
Hasta que te abras calle
Y en la sombra te encuentres de este valle.

Dios, para concebirle,
Nos dió la inteligencia:
En toda la natura
De su autor se descubre la existencia.
Hay una voz ignota que murmura
Del alma fría en el silencio inerte:
¿Habrá alguno, por suerte,
Que, dominando todo externo ruido,
No oyó vibrar este íntimo sonido?

(DE D. J. TRUEBA Y COSÍO) (1)

EL EXTRANJERO

Brilla en el césped matinal rocío;
Ya todo reverdece: el bosque umbrío,
El jardín, la pradera;
Naturaleza ríe placentera,
Y sobre el suelo hermoso
Que me acoge en mi duelo generoso
Todo me dice «goza» lisonjero;
Mas yo soy extranjero.

Cuando el sol de la noche rasga el manto
Y el aire agita del pastor el canto,
Yo me digo á mí mismo: todavía
Para mis penas nace un nuevo día,
Día de luto en que mis tristes ojos
Del sol miran brillar los rayos rojos,
Á cuya luz se alegra el mundo entero...
¿Pero ve un sol alegre el extranjero?

(1) Poesía que el Sr. Trueba escribió en francés.

Cuando vuelve en la dulce primavera
Á recobrar su nido la viajera,
Sencilla golondrina,
Su vuelta á festejar nada me inclina:
Si á su regreso fácil esperanza
Nuevo vigor alcanza,
Cuando huye el ave tras la antigua huella
Al par se va con ella.
¡Tierna Esperanza, de tu grato agüero
También soy extranjero!

Cuando oigo entre las ramas el gorjeo
De dulce ave parlera,
Cruel me finge el deseo
Que libre estoy al fin de mi ostracismo
Y por los bosques voy de mi ribera;
Que, hermoso por do quiera,
El lenguaje del pájaro es el mismo.
¡Triste ilusión empero!
Estoy en la mansión del extranjero.

En una mar extensa y sin ribera
Me encuentro solo y triste peregrino;
Mi ingrata suerte sin cesar severa

Me lanza en su camino.
Sólo en el fondo se halla su lindero,
Allí el suelo común al extranjero.

En vano prolongar de mi carrera
Quieren los días y su peso grave
Hacerme más ligero.
Para el proscrito no hay luz en la esfera:
¿Qué esperar puede que su mal no agrave?
Cuando triste sucumba,
La hospitalaria tumba
Cuyo reposo espero,
Patria común abierta al extranjero.

Cuando la voz de gratitud sentida
Sólo es un eco estéril, pasajero,
Y á la vez la limosna concedida
Aumenta el dolor fiero,
¡Cuán enorme es el peso de la vida!
¿Conservará su estigma duradero
Aun después de la muerte el extranjero?

Cuando la luz de mis cansados ojos
La muerte apague en el postrero día,
Sobre mi tumba fría

Habrá quien llegue á orar? ¡Ay! mis despojos
Ni regará una lágrima tardía,
Y mi cadáver solo en triste fosa,
Sin la oración piadosa
De un cariño sincero,
En tierra dormirá del extranjero.

(DE LECONTE DE LISLE)

EL DESIERTO

Cuando el beduíno errante
Que va hacia Siria del Horeb fragoso
Su yegua enflaquecida y jadeante
Ata de la palmera al tronco airoso,
Y bajo aquel follaje polvoriento
En que se seca el fruto ya sin vida,
Envuelto en su ancha capa mal tejida,
Se acuesta soñoliento;
Tregua dando al cansancio fatigoso
Con inquieto reposo,
¿En el lejano oasis tal vez sueña
En que el sabroso fruto al sol se dora,
Ó en el estrecho valle de que es dueña
Su tribu que en él mora,
Ó en la fresca corriente
En que apagó su sed abrasadora,
En las ovejas de balar doliente,

El buey domado que el establo ampara,
El grupo de mujeres sonriente
Charlando en torno á la cisterna clara,
Ó en el otro de rudos camelleros
Que, en círculo sentados en la arena,
Escuchan placenteros
Fantásticas historias una á una
Al dulce rayo de la blanca luna?

No sueña así; que en el transcurso breve
De las horas ligeras,
Su caluriento espíritu se embebe
En la vaga región de las quimeras.
Y sueña que Alborak, el glorioso
Y gallardo corcel, con raudo vuelo
Le remonta brioso
Sobre la altura del riente cielo.
Se estremece feliz y ver en torno
Cree de Djenet las jóvenes hermosas
Admirarle á su lado silenciosas,
Del alta noche en el febril bochorno.
De sus cabellos, negros cual la boca
Que da al infierno entrada,
Brota un acre perfume que sofoca
Su ya anheloso aliento
Y que hace hervir su sangre, arrebatada

Por lascivo fermento;
Grita, y entre sus brazos
Quiere oprimir con amorosos lazos
La divina visión que le enajena;
Pero en aquel momento
Sobre el suelo movible de la arena
Gañe el chacal sangriento,
Y el cocear de su yegua con espanto
Rompe del sueño el delicioso encanto.
La visión del Djenet desvanecida,
Sólo encuentra, despierto,
El silencio y la atmósfera encendida
Y la cárdena bóveda extendida
Sobre la inmensa anchura del desierto.

En la breve mansión de la existencia,
De vivir anheloso,
Todo hombre soñador en su impaciencia
Ha buscado el placer con el reposo
Á la sombra mentida
Del árbol agostado de la vida;
Y así como el beduíno
Postrado á la fatiga del camino
Ha dormido tu sueño de una hora,
¡Oh triste soledad abrumadora!
De la tierra olvidado,

Sumido el corazón en un infierno,
Dueño ser de un amor quiere exaltado,
Cuanto profundo, eterno;
Y siempre por su mal vuelve á la vida
De su sér infecundo,
Por el fiero dolor su alma transida
En el vasto desierto de este mundo.

(DE VÍCTOR LAPRADE)

LA PRIMAVERA DE UN PADRE

En balde con blando acento
Entre las hojas el viento
Del suave Mayo suspira.
El alto roble frondoso,
Mi viejo amigo, en reposo
Nada le dice á mi lira.

En vano cuando me siento
Á su pie por un momento
Luce su azul peregrino
La flor de la primavera,
Y entona el ave parlera
Su canción sobre el espino.

Ya con sus gratos olores,
Con su ambiente y sus colores
Que antes gozaba contento,

Asoma la primavera:
Su dulce influjo siquiera
Ligeramente lo siento.

Cansado estoy y doliente,
De la vejez al presente
Entro en el cerco infecundo.
Por el tiempo y los enojos
Obscurecidos mis ojos,
Se cierran ya para el mundo.

Pero si miro hacia dentro
De mi alma veo en su centro
Renacer la poesía,
Sin rebuscar en las flores
Más deslumbrantes colores
Ni cuadros de fantasía.

Tengo allí para mis versos
Flores de esmaltes diversos,
Aun en invierno aterido;
Más dulce que el rumor suave
Del agua y trinar del ave
Hay un son para mi oído.

Rico mi pecho, aunque lloro,
Guarda escondido un tesoro,
Que es mi ternura infinita:
En mi hogar hay verdadera
Una hermosa primavera
Que eternamente palpita.

Vuestros alegres gorjeos,
Hijos míos, mis recreos,
Las miradas cariñosas;
Y por más alto presente,
Cual perlas de rico Oriente,
Vuestras almas candorosas.

INDICE

Páginas.

DE LAMARTINE

DE D. J. TRUEBA Y COSÍO

DE LECONTE DE LISLE

DE VÍCTOR LAPRADE

SEÑORES

QUE HAN COSTEADO LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO

Conde de Torreánaz.
D. José María de Pereda.
Tomás de Agüero.
Marcelino Menéndez y Pelayo.
Sinforoso Quintanilla.
Federico de Vial.
Juan Manuel Mazarrasa.
José María Quijano.
Gilberto Quijano.
Martín de Vial.
Agabio de Escalante.
Amós de Escalante.
Eduardo Pedraja.
Gonzalo Cedrún de la Pedraja.
Enrique Menéndez y Pelayo.
José María Quintanilla.
Eutimio de la Revilla.
Bartolomé de la Maza.
Tomás Agüero S. de Tagle.
Alberto G. Vélez.
Antonio Cabrero Mons.

D. Fernando Camino.
Aurelio de la Revilla.
José María López Dóriga.
Enrique Gutiérrez Cueto.
Ramón Solano Polanco.
José Zumelzu.
Antonio Bustamante.
Emilio Botín y Aguirre.
Enrique López Dóriga.
Ramón López Dóriga.
Joaquín López Dóriga.
Luis López Dóriga.
Ramón del Cañal Vigil.
Ramón Riva Herrán.
Victoriano López Dóriga.
Alfredo de la Escalera.
Laureano de las Cuevas.
Leandro de Alvear.
Ángel de los Ríos y Ríos.
Fernando Calderón de la Barca.
Ángel Acebo.
Honorio Torcida.
Manuel Eguilior.
Marqués de la Viesca de la Sierra.
D. Emilio de Alvear.
Ramón Fernández Hontoria.
José María de la Viesca.
Carlos de Simón Altuna.
Marqués de Herrera.
D. Antonino de la Hoz.
Modesto Martínez Pacheco.

D. Manuel Marañón.
Nicolás García de los Salmones.
Fernando de la Sota.
Luis de la Sota.
Domingo Solano y Sota.
José de Garnica.
Belisario de la Cárcova.
Elíseo de la Gándara y Baldor.
Marqués de Hazas.
D. Vicente Aparicio.

